



DOMINGO BUONOCORE

El libro y los bibliógrafos

Breve historia del libro argentino hasta 1950

a poder de su hermano Manuel Ricardo. Miguel Navarro Viola (1830-1890), uno de los pocos argentinos adherentes a la Sociedad de Anticuarios de Copenhague, fue dueño, igualmente, de una nutrida colección de libros y antigüedades que ofrecía a la consulta de todos en su hospitalaria casa de la calle Cevallos 341. Juan Cruz Varela (1840-1908), poeta, periodista, comerciante, hombre de espíritu refinado, logró formar en sus repetidos viajes por Europa varias colecciones de objetos artísticos y piezas raras, entre las que se contaron reliquias de las Tullerías y muebles de ébano que habían pertenecido a los emperadores de la China, hoy en el Museo Colonial de Luján. José Maroó del Pont (1851-1917), jurista, historiador del correo marítimo y terrestre en el virreinato, atesora la colección más completa de sellos de la América del Sur, y conjunto de monedas y medallas de gran valor, como también versos objetos de la época de Rosas.

La vocación de esos hombres subsistió intacta y contagió a muchos otros que se sintieron seducidos por el afán erudito. Prosiguen su tarea coleccionista, al margen de las tareas habituales, sólo por afición, sino también por patriotismo, a fin de conservar los testimonios de una época que se desvanecía vertiginosamente entre las múltiples realizaciones del progreso cosmopolita. Y ese culto por las cosas viejas halló nuevamente, después de más de

Berute
poliglota
321
cultu
anticuario *Ma*
o de cua- *Ver*
herencia *py*
Casas
Cora
Tex,
un
hal
ediciones UNL
Alejandro Ra
de J
Ma

El libro y los bibliógrafos

**ITINERARIOS
BREVES
ARTE Y OFICIO
DEL LIBRO**



DOMINGO BUONOCORE

**El libro y
los bibliógrafos**
Breve historia
del libro argentino
hasta 1950

Estudio preliminar

LEANDRO DE SAGASTIZÁBAL

ediciones UNL

Nota editorial

El texto que presentamos, *El libro y los bibliógrafos. Breve historia del libro argentino hasta 1950* es un valioso testimonio de la pasión de Buonocore por el mundo de los libros y la bibliofilia. Originalmente fue encargado por Rafael Alberto Arrieta a Domingo Buonocore para formar parte del tomo VI «Panoramas complementarios. Índice analítico de la obra», perteneciente a la *Historia de la literatura argentina*, dirigida por Arrieta y publicada por la editorial Peuser entre 1958 y 1960. El objetivo de esta obra colectiva era brindar un estudio de las letras argentinas desde la época colonial hasta 1950.

Decidimos rescatar este apartado especial y presentarlo como un libro único, acompañado por un estudio

preliminar a cargo de Leandro de Sagastizábal, reconocido investigador del campo del libro y la edición. Durante el proceso de edición, contamos con la colaboración invaluable de Miguel Ángel Buonocore, hijo de Domingo Buonocore, quien facilitó el tomo VI de la *Historia de la literatura argentina* directamente desde la biblioteca personal de su padre.

Al revisar este tomo, nos encontramos con correcciones, agregados, comentarios y nuevas notas realizadas por el propio Domingo Buonocore. Estas modificaciones manuscritas en los márgenes del libro obedecen a su oficio de editor pero, también, a una carta de la casa Jacobo Peuser fechada en noviembre 1961 donde se le comunica la posibilidad de efectuar una nueva edición de la obra y se le solicitan las observaciones de erratas que desee introducir. Con posterioridad, en mayo de 1962, Arrieta reitera el pedido y hace hincapié en que las correcciones no sean numerosas ni extensas debido a que se utilizará la misma matriz de composición. Aunque no pudimos hallar evidencia de la reimpresión, decidimos, en concordancia con la voluntad del autor, incluir estas

nuevas anotaciones en la presente edición como un testimonio de la evolución y el perfeccionamiento del texto a lo largo del tiempo.

El contenido presenta un panorama sucinto de la historia del libro en Argentina hasta la década del 50 —acorde con el plan general de la obra que contiene el texto original—, de allí el subtítulo que agregamos, un tema que apasionó a Buonocore durante toda su vida. Este capítulo, ahora libro, revela la profundidad del conocimiento y la dedicación de Buonocore al estudio y la preservación de la cultura del libro en América Latina, especialmente en nuestro país.

Este escrito de Domingo Buonocore, publicado en 1960 como anexo a la *Historia de la literatura argentina*, de Rafael Arrieta, requiere de algunas aclaraciones iniciales. En primer lugar, es necesario señalar que tiene muchos puntos de contacto con *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*,¹ que el mismo Buonocore publicó en 1944 en la editorial El Ateneo, y que luego fue ampliado y corregido para una segunda edición de 1974 por Bowker Editores.

La decisión de la editorial de la Universidad Nacional del Litoral de publicar este trabajo es una muy buena iniciativa porque pone en circulación para las

1\ N. E.: de próxima aparición en Ediciones UNL.

nuevas generaciones de investigadores la obra de un verdadero pionero en los estudios sobre la edición, las librerías, las bibliotecas, las imprentas y, en general, todo lo que está vinculado con los libros.

No es posible dedicarse a estos estudios sin antes haber leído el clásico de Buonocore *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires* y este trabajo, que oficia como una suerte de síntesis de la primera parte de ese libro y presenta también a los principales actores del mundo de los libros en la Argentina desde sus mismos orígenes.

El autor selecciona para su estudio algunos parámetros muy definidos. Realiza un relevamiento, exhaustivo y documentado, de las principales iniciativas desde el origen de la actividad librera en América Latina, sus protagonistas —aporta biografías de los pioneros— y los títulos editados. Ese relevamiento, que abarca por momentos todo el continente, se centra, básicamente, en el desarrollo que tuvieron los proyectos en la Argentina, e incluye no solo a los editores, sino también a impresores, libreros, creadores de bibliotecas públicas y privadas, bibliófilos, archivistas y

coleccionistas. Como en otros trabajos suyos, Buonocore ordenará esa información de manera de hacer un aporte significativo a una historia del sector al que estudió intensamente.

Los trabajos de Buonocore siempre motivan nuevas investigaciones, e incluso nuevos temas de investigación y ámbitos donde realizarlos, ya que están llenos de referencias que invitan al investigador a adentrarse en, por ejemplo, los fondos bibliográficos presentados o los actores mencionados con nombre y apellido, o a revisar los momentos que para él son centrales en el desarrollo bibliotecológico.

Este nivel de detalle se explica porque para Buonocore el desarrollo de las actividades del libro en nuestro país está basado fundamentalmente en la iniciativa personal. Sin embargo, no deja de lado la dinámica de las coyunturas y los contextos e incluso claramente toma partido por ellos, como cuando define el momento de la Organización Nacional como «la edad de oro» de la historia argentina, o cuando califica el gobierno de Juan Manuel de Rosas como una época «oscura y de dictadura».

Es de particular interés que Buonocore incluya en su análisis a las bibliotecas. Señala, por ejemplo, refiriéndose a los siglos anteriores al xx, que «en el país son numerosas y notables las bibliotecas privadas. El justo renombre que han alcanzado algunas de ellas, ya por su valor bibliográfico, ya por su acabada especialización, es, por otra parte, un índice significativo del nivel medio intelectual de la República». Las acciones de esa elite intelectual bibliófila, sin embargo, reflejan, en algún sentido, el contexto social más amplio.

Todo conjunto bibliográfico importante, de igual modo que una galería de cuadros célebres, una colección de antigüedades históricas, una serie de documentos o de obras artísticas valiosas, pertenece, desde luego, originaria y legítimamente a su dueño, pero también, de acuerdo con el moderno concepto de propiedad, es un poco del dominio público, de cuyo patrimonio cultural debiera ser inseparable, pues son bienes creados y valorizados por el trabajo indivisible de la colectividad.

Las actividades ligadas al libro en el período colonial, entre los siglos xvi y xviii, en México y Perú inicialmente y

más tardíamente en el Virreinato del Río de la Plata, se desarrollan en un contexto que este estudioso analiza equilibrando las interpretaciones de quienes, como Torre Revello, ven en esa etapa una expansión de la actividad de publicar y en la que los «los colonos de América, en el aspecto cultural, leyeron cuanto apetecían»² sin censuras ni limitaciones, y las interpretaciones opuestas, como la de Vicente Gil Quesada, quien sostenía que los libros fueron considerados enemigos y las imprentas cerradas con barrotes. Si bien existían limitaciones para la circulación libre de los escritos, para Buonocore estos se leían a «despecho de la censura oficial», algo que ratifica que a lo largo de la historia siempre se generaron modos de eludir la censura.³ En el período colonial los libros, nos dice Buonocore, eran indudablemente artículos de lujo y

2\ José Torre Revello, *El libro, la imprenta y el periodismo en América Latina durante la dominación española*, Buenos Aires, Peuser, 1940, p. 244.

3\ Para un análisis detallado de este tipo de situaciones es interesante consultar el libro de Robert Darnton, *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008.

para pocos lectores, y las limitaciones no estaban solo en la censura o los controles, sino también en la ausencia de autores, la inexistencia de imprentas y las dificultades para el comercio del libro. De allí que otorgue una importancia fundamental a los pioneros o hacedores iniciales.

Buonocore nos brinda los datos de quiénes y con qué proyectos, principalmente en Buenos Aires y Córdoba, consolidaron bibliotecas importantes desde el período colonial y nos detalla las orientaciones temáticas de estas. Al hacerlo nos permite conocer cuáles eran las preocupaciones de la época y especular incluso con el perfil de los lectores de ese momento: personas con deseos de profundizar temas teológicos, conocer corrientes filosóficas del momento, valorar como herramientas útiles los libros de náutica, de astronomía, de botánica, de matemática, de historia, de literatura o los libros jurídicos o los destinados a fortalecer posiciones políticas. Algunas de estas bibliotecas conformarían luego de la Revolución de Mayo fondos bibliográficos como los de la Biblioteca Pública, fundada por la junta revolucionaria y estimulada por Mariano Moreno.

Esos proyectos, si bien son encarados por personas de las elites locales, tienen también desde sus inicios el objetivo de crear ámbitos de discusión política más amplios, debates e impugnaciones a determinadas coyunturas. Por eso las primeras iniciativas libreras, cuando estas todavía no constituían negocios exclusivos para la venta de libros —como el caso de la de don Miguel de Ochagavía, que ofrecía también géneros, telas, periódicos y papel sellado—, son además ámbitos para desarrollar otras actividades. Es en las tertulias de la librería de Tomás Valencia, por ejemplo, donde en animadas reuniones de catalanes y vascos, según su descripción, se conspiraría contra los ingleses y, al mismo tiempo, se comenzaría a preparar la independencia del Río de la Plata.

El investigador peruano Teodoro Hampe Martínez señala otro aspecto interesante que ayuda a valorar el estudio de Buonocore sobre los actores relacionados con el libro en el período colonial:

con algunas notables excepciones, sin embargo, la investigación sobre el impacto social de la imprenta o las tendencias evolutivas de la cultura impresa en el Nuevo Mundo no ha concitado un

interés general. La literatura se ha centrado ante todo en documentar la exportación de libros de Europa hacia América y en determinar el rol de los materiales impresos en la diseminación de las ideas europeas. La mayor parte de la investigación sobre libros en la época colonial concierne particularmente a México y Lima en los siglos XVI y XVII, por ser las dos ciudades con las mayores tradiciones tipográficas. Como epicentros de la cultura y política del imperio español en América hasta la era de las reformas borbónicas, México y Lima fueron también los mayores puntos de distribución para los libros importados de Europa. En cambio, relativamente pocos estudios han enfocado la historia social de la imprenta en el siglo XVIII y las primeras décadas del siglo XIX, en vísperas de la independencia de América hispana.⁴

Sostiene este autor que en la conformación de esas bibliotecas o espacios de

4\ Teodoro Hampe Martínez, «Bibliotecas, imprentas y difusión de noticias en el Perú colonial», *Bulletin hispanique*, 113-1, 2011, 409-432.

lectura se nota la ausencia de crónicas y estudios vinculados al continente americano, a su idioma, a sus costumbres, a sus recursos naturales. Resulta obvio observar que los materiales impresos que las constituían tenían un objetivo prioritario: mantener el contacto con la cultura europea antes que acumular conocimientos sobre una realidad local que, por otro lado, palpaban y confrontaban cotidianamente.⁵

Ubicadas en el Río de la Plata estas afirmaciones se relativizan: es frecuente ver en muchos de los libros, papeles y reliquias que constituían esos reservorios un indudable deseo por conocer el país que se habita, por coleccionar piezas arqueológicas, monedas, documentos; en suma, una clara preocupación por lo local.

Algunos formadores de bibliotecas privadas son anticuarios, según Buonocore, personas que «se entregaron a la tarea de reunir “antiguallas”, como se decía —papeles, reliquias, libros— formándose así los primeros archivos, museos y bibliotecas particulares».

5\ Teodoro Hampe Martínez, *op. cit.*

Alejandro Parada señala que el afán de coleccionar libros antiguos se remonta a la Antigüedad, y a partir del Renacimiento dio a muchos eruditos la ocasión de hacerse de bibliotecas que, a la larga, sentaron las bases de la bibliofilia moderna.⁶ Este estudio de Buonocore nos permitirá conocer a coleccionistas y bibliófilos que, al mismo tiempo que recuperaron libros publicados desde los inicios de la actividad impresora en nuestro país, fueron conformando importantes bibliotecas que constituyeron posteriormente archivos invalorable para la investigación de la historia del libro y la lectura. Fue el caso de Julián de Leyva, coleccionista de papeles y acotador concienzudo de libros, quien también tenía una rica librería. Cuando Azara estuvo en Buenos Aires, la frecuentó asiduamente y en ella encontró el único ejemplar que existía aquí de la historia manuscrita del padre Lozano y una copia del relato, también inédito, de

6\ Alejandro Parada, *El dédalo y su ovillo. Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en la Argentina*, Cuadernos de Bibliotecología N° 23, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2012.

La Argentina, de Ruy Díaz, con apostillas del mismo Leyva.

Una segunda dimensión planteada por Parada —y que sin duda resulta evidente en este recorrido histórico de Buonocore por la historia de bibliotecas de funcionarios, intelectuales, religiosos y hombres de la elite en general— es que poseer libros antiguos «para que una biblioteca se destaque por la calidad y la magnitud de esos acervos, es una forma oculta de ejercer el poder».⁷

Las bibliotecas privadas iniciaron o estimularon la creación de importantes bibliotecas públicas, comenzando por la Biblioteca Nacional y las bibliotecas populares, a partir de las donaciones de coleccionistas y bibliófilos de todo el territorio nacional. Una de las características más valiosas de estas últimas en sus más de 150 años de historia es la de ser poseedoras de patrimonios culturales locales, libros y colecciones que fueron donando quienes cultivaron en esas localidades el amor por los libros y la lectura.

7\ Alejandro Parada, *op. cit.*, p. 44.

El desarrollo de la cultura impresa ha sido una característica fundamental de nuestro país y un importante rasgo diferenciador con otros del continente americano en casi todo el período que abarca el trabajo de Buonocore. Fueron los escritos y la lectura elementos formadores de nuestra sociedad y, posiblemente, los que les dieron marco valorativo a los libros y la lectura como herramientas fundamentales para la participación social.⁸

Aunque analiza el periodismo y no los libros, valen las observaciones de Jorge Myers que señalan las limitaciones en América Latina —por lo menos hasta mediados del siglo XIX— para un «capitalismo de imprenta»: la altísima población de analfabetos (equivalente en algunas regiones al 90%), la pluralidad lingüística y sociocultural de los territorios, que limitaba, por ejemplo, la circulación de periódicos —siempre de vida efímera— por fuera de las elites, el limitado desarrollo o la lisa y llana ausencia de un mercado literario y la secularización

8\ Willam Acree, *La lectura cotidiana. Cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata 1780–1910*, Buenos Aires, Prometeo, 2013.

como una condición indispensable de una nueva trama narrativa desplegada en las páginas de los periódicos modernos.⁹

Buonocore no escribe pretendiendo objetividad acerca de la dinámica cultural de nuestro país, sino que lo hace expresando claramente sus simpatías por algunos y sus críticas para con otros. Encontrará en Bernardino Rivadavia al impulsor de una dinámica cultural valiosa. Funda la Universidad de Buenos Aires y, con ella, surgen las primeras academias y asociaciones científicas; reorganiza la biblioteca oficial; crea el Archivo General, en cuyo repositorio se concentran los papeles públicos dispersos en varias oficinas; establece en 1823 el Museo Público de Buenos Aires y transforma la Imprenta de Niños Expósitos en la Imprenta del Estado, con un conjunto de novedades gráficas importantes. Además, facilita la llegada al país de los primeros litógrafos, acuarelistas y grabadores. Juan Manuel

9\ Jorge Myers, «Identities porteñas. El discurso ilustrado en torno a la nación y el rol de la prensa. *El Argos de Buenos Aires, 1821-1825*», en Paula Alonso, *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina (1820-1920)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

de Rosas será, en cambio, el que destruirá estas iniciativas.

Sus claras preferencias histórico-políticas no impiden, sin embargo, que Buonocore valore a algunas personas que fueron importantes en los períodos cuestionados. Tal el caso de Pedro de Angelis, a quien considera el primer bibliógrafo argentino. Todos quienes han analizado a este intelectual napolitano, llegado al Río de la Plata seducido por el trabajo de responsable de la Imprenta del Estado que le ofrece Bernardino Rivadavia, coinciden en su gran capacidad y cultura personal, y en la importancia de sus iniciativas: las bibliotecas que fue constituyendo en nuestro país, sus colecciones —de platearía, de monedas—, y el rescate, ordenamiento y especialmente la catalogación de documentación original del pasado argentino. Respecto de esto último vale aclarar que para muchos estudiosos del tema, en especial Josefa Emilia Sabor, se trató de una apropiación ilegal de documentos a los que tenía acceso debido a sus actividades en organismos destinados a

custodiarlos, opinión que Buonocore ya había sugerido en su trabajo.¹⁰

También quienes se han ocupado de estudiar a fondo la vida y obra de De Angelis describen sus pesares económicos, sus exilios en Uruguay y en Brasil luego de la caída de Rosas, y sus gestiones para vender su biblioteca acuciado por su realidad económica. En su biografía sobre Pedro de Angelis, el historiador Bernardo Lozier Almazán nos relata los avatares de su biblioteca. El primer intento será vendérsela a Urquiza, quien había decidido dotar de un buen acervo al Colegio del Uruguay. Esas gestiones, que incluso involucraron a Diógenes de Urquiza, hijo del gobernador, terminaron fracasando. Luego, a partir de relaciones con diplomáticos de Brasil, De Angelis, ya en Montevideo, hizo un segundo intento. Después de idas y vueltas, y un viaje suyo a Brasil, la corona portuguesa terminó pagando por el fondo bibliográfico mucho menos que lo que De Angelis solicitaba. Quiso

10\ Josefa Emilia Sabor, *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina*, Buenos Aires, Solar, 1995.

entonces retirar los libros, urgido como estaba por regresar a Buenos Aires donde estaba su mujer, muy enferma, pero no pudo hacerlo, por lo que gran parte de la colección quedó en Brasil definitivamente. En medio de esas negociaciones con la corona portuguesa, que significaron la pérdida para nuestro país de un valioso material documental, De Angelis hizo un intento también con la librería londinense Rusell, pero solo estaba interesada en algunos documentos puntuales.¹¹

Es necesario reseñar estas peripecias con una biblioteca porque una de las observaciones que realiza Buonocore —sus estudios tienen el valor de indicar el destino que han tenido esos fondos bibliográficos o documentales— es señalar cuántos de ellos han pasado a formar parte de importantes colecciones de bibliotecas o institutos de investigación del exterior. Señala nuestro autor:

La falta de una legislación protectora en esta materia y la desidia o ingratitud de

11\ Bernardo Lozier Almazán, *Pedro de Angelis. Cronista de Juan Manuel de Rosas. Patriarca de los historiadores rioplatenses*, Buenos Aires, Sammartino Ediciones, 2018.

los mismos poderes públicos —obligados por un deber de elemental patriotismo a conservar celosamente todas las manifestaciones de la cultura nacional— han sido las causas de que el país se desmadrara en su rico acervo espiritual, con la pérdida irreparable de valiosas piezas artísticas, ejemplares únicos de obras argentinas y documentos de nuestra historia, desperdigados en museos, bibliotecas y archivos del exterior.

Fue el caso de la colección que, según palabras de Buonocore, incluía 60 000 volúmenes y 18 000 documentos, y fue reunida por Vicente G. Quesada y su hijo Ernesto a lo largo de décadas, y que se encuentra en Berlín. Y así, muchos otros materiales valiosos: no es raro comprobar, vía Google Books, que algunos ejemplares únicos, raros, agotados, solo se encuentran en fondos bibliográficos de universidades del exterior.

Esta preocupación de Buonocore por la pérdida de valiosos patrimonios bibliográficos ha estado presente en otras de sus investigaciones. En 1949 ya había publicado un exhaustivo análisis de la biblioteca del general Agustín P.

Justo, que consistía en 28 000 volúmenes de libros y otros documentos de carácter americanista, estudios históricos y geográficos de América, de etnografía y lingüística, libros de crónicas, etc. En ese detallado trabajo muestra cómo ante el desinterés local por adquirirlo, el conjunto termina en 1945 en la Biblioteca Nacional del Perú, por gestión del historiador Rubén Vargas Ugarte y del director de la biblioteca, Jorge Basadre Grohman.

Buonocore menciona a las personas que continuaron de alguna manera el trabajo comenzado por De Angelis, y nos facilita una breve historia de la bibliografía y su desarrollo como actividad en nuestro país. Ubica en la categoría mayor, además de al precursor, a Antonio Zinny, Bartolomé Mitre, Juan María Gutiérrez, Alberto Navarro Viola y Paul Groussac. Y menciona como «bibliógrafos menores» a Estanislao Zeballos, Manuel Mantilla, Pablo Cabrera, Teodoro Becú y unos pocos más, todos ellos nacidos a mediados del siglo XIX o en su segunda mitad. Para tener una perspectiva de lo que la actividad significaba a fines de ese siglo es útil revisar el artículo que Ernesto Quesada publicó en

la Nueva Revista de Buenos Aires a raíz de la aparición del Anuario bibliográfico de Alberto Navarro Viola en 1880:

La Bibliografía es el archivo de la historia literaria: es el *codex diplomaticus* que sirve para medir la cultura y la actividad intelectual. Unas veces auxiliada por sus hermanas la Paleografía, la historia tipográfica, la Xilografía, la Bibliotecografía, la Bibliophilia, la Biblioteconomía y otros conocimientos especiales, estudia los libros indagando su suerte y su historia, sus destinos, en las grandes bibliotecas públicas o en las colecciones de bibliófilos, bibliófogos, bibliómanos, bibliocleptómanos, examinando sus diversas ediciones, su mérito intrínseco, las *editiones prínceps* y las incunables, deteniéndose en todo lo que al lujo de la forma se refiere. Otras veces siguiendo las huellas de aquel Gesner paciente, cataloga los libros, los examina minuciosamente, los clasifica por orden cronológico, alfabético o sistemático, da sobre ellos apetecibles noticias, añade en todo esto la crítica razonada y los juzga comparándolos para facilitar la elección de los mejores, de los más valiosos. La Bibliografía considerada bajo este último punto de vista es

una noble ciencia que tiene una historia curiosa e interesante, que conviene por lo menos recordar ya que entre nosotros parecen querer arraigarse esos estudios. Es una ciencia, y de las más difíciles y penosas. Para descollar en ella se necesita, al decir de un maestro, una variada y enciclopédica lectura, el conocimiento de la historia literaria, la posesión de las lenguas clásicas y de las principales vivas, el espíritu de la crítica, y sobre todo, la intuición del método y el don de la perseverancia. Las naciones cultas tienen sus bibliógrafos como tienen sus historiadores, sus químicos, sus filósofos, sus sabios, sus literatos.¹²

Buonocore también destaca el impulso que en el momento de escribir su libro se está dando a la bibliografía desde el Instituto de Investigaciones Históricas, y la orientación y tarea de Emilio Ravignani en ese sentido.

12\ Leandro de Sagastizábal, *Diseñar una nación. Un estudio sobre la edición en la Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Norma, 2002. En este libro se realiza un análisis del *Anuario bibliográfico* de Alberto Navarro Viola publicado entre 1880 y 1889.

Entre las personas que se relacionan con los libros y con las colecciones documentales hay unas que Buonocore llama «papelistas», como José Nicolás Jorge, Manuel Insiarte o Mariano Vega, y cuya especialidad era la de coleccionar hojas sueltas de toda índole¹³ —bandos, manifiestos, proclamas, oficios, entre otros— formando, también, series completas y ordenadas de periódicos que facilitaron sin duda estudios posteriores a los investigadores.

Describe luego otra forma de vínculo con los libros y con la formación de bibliotecas: la bibliofilia. Y diferencia a quienes, como Bartolomé Mitre, constituyeron importantes bibliotecas, de los bibliófilos puros, aquellos que atesoran libros en tanto objetos materiales de lujo. Quizás podemos enmarcar la distinción que realiza Buonocore en algunas reflexiones de María Eugenia Costa:

Más allá de los diferentes perfiles heterogéneos de los bibliófilos (auténticos o

13\ Este tipo de documentos ha sido objeto de estudios específicos. Véase Philippe Artières, *La cultura escrita. Estudios sobre la cultura escrita contemporánea (1871–1981)*, Buenos Aires, Ampersand, 2018.

falsos, aficionados u oficiales, eclécticos o excéntricos), podemos considerar las finalidades propias o las motivaciones generales de estos coleccionistas, que los incitan a la formación o ampliación de sus bibliotecas privadas. Consideramos, por ejemplo, el deseo de propiedad (incluso cierto «fetichismo» hacia el objeto admirado), la búsqueda de exclusividad, el placer sensorial de la materialidad del libro, el desarrollo del buen «gusto» y la distinción cultural, la curiosidad intelectual, el ansia de prestigio o status social, la competitividad entre pares e incluso el interés por la inversión económica o la especulación pecuniaria.¹⁴

Luego de una exhaustiva descripción de distintos actores del mundo del libro, hacia el final Buonocore se detiene en el rol editorial, para indicar los proyectos (y también señalar la ausencia de ellos) relacionados con la literatura nacional y latinoamericana. Señala que en algunos países como Cuba, Perú, Ecuador,

14\ María Eugenia Costa, «Ediciones ilustradas de la Sociedad de Bibliófilos Argentinos en repositorios institucionales». Disponible en <https://www.bn.gov.ar/resources/conferences/pdfs/costa.pdf>

Guatemala, Colombia y México, ha habido iniciativas para compilar en colecciones —con distintos niveles de calidad— libros de escritores locales, mientras que muchos otros carecen de ediciones completas de sus escritores más representativos. En nuestro país —describe— los proyectos se iniciaron en 1915 con la colección dirigida por Ricardo Rojas, *Biblioteca Argentina*, a la que siguió, unos años después, *La cultura argentina*, de José Ingenieros, y posteriormente, proyectos de la editorial Estrada, de la librería y editorial El Ateneo y de la editorial Claridad.

La investigación de Buonocore se detiene en el momento en que la edición local comienza a definirse como tal, con un carácter profesional. Aparecen los editores modernos —ya no son los impresores ni los libreros quienes editan los libros— y, al mismo tiempo, se inicia la expansión tanto interna como externa del libro argentino, a raíz de la crisis que provoca la Guerra Civil Española para los libros de ese origen. Es el momento en que ven la luz los principales proyectos que caracterizarán la edición local hasta la década de 1990.

Teniendo en cuenta que el trabajo de Buonocore se publicó en 1960, podemos especular que para él las iniciativas de ese nuevo editor —con una mirada puesta básicamente en el mercado— se apartan sustancialmente del núcleo de su trabajo, destinado a recopilar los proyectos por los cuales una elite de hombres apasionados fue creando las condiciones para que la Argentina fuera un país con una identidad muy fuerte vinculada a los libros. Esos esfuerzos individuales que impulsaron la creación de imprentas, librerías, bibliotecas y una cultura del libro, junto con la dinámica de la educación pública y las acciones de las bibliotecas populares, conformaron la base imprescindible, aunque no suficiente, para un desarrollo editorial que requirió, como lo demostraron las décadas posteriores, de otra serie de conocimientos y destrezas vinculados a los aspectos técnicos y comerciales de los proyectos.



Domingo Buonocore

DOMINGO
BUONOCORE

**El libro y
los bibliógrafos**

1 El libro en la época colonial

LA INTRODUCCIÓN DEL LIBRO EN AMÉRICA

La producción intelectual en el Río de la Plata durante la época colonial fue escasa. Pocos libros se escribieron y menos aún se imprimieron.¹

Las leyes restrictivas de Indias, la doble censura laica y eclesiástica y, como consecuencia de ella, la falta de libertad de pensamiento, la carencia de imprentas, las trabas comerciales y los secuestros periódicos que realizaban los agentes del Santo Oficio en sus visitas de inspección a librerías y bibliotecas, fueron factores que no favorecieron, naturalmente, la producción y difusión del libro en América.

España se preocupó más por los intereses de la conquista material que por el progreso cultural de sus colonias. Desde el año 1531 —fecha de promulgación de la más antigua Real Cédula que conocemos— se suceden reiteradamente las leyes prohibitivas de libros de imaginación con destino a las Indias y, a

partir de 1556, se dispuso que ningún librero imprimiese o vendiese obra alguna que tratara sobre esta materia sin especial y previa licencia del consejo del ramo con sede en Sevilla. El rigorismo inquisitorial se ejercía hasta sobre los libros de oficio divino, para cuya venta en el Nuevo Mundo gozó de privilegio exclusivo el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial. En estas condiciones, nos parece inadmisiblemente que —como pretenden algunos— el libro, durante la dominación hispánica, haya podido circular profusamente por todas las regiones del continente, al punto de que «los colonos de América, en el aspecto cultural, leyeron cuanto apetecían».²

Del mismo modo, tampoco podríamos aceptar como valedero el criterio de aquellos que afirman que en toda esta época «la imprenta estaba agarrotada y que los libros eran considerados como enemigos».³

Entre esos dos juicios categóricamente opuestos —que dieron origen al panegírico de la obra civilizadora de España en sus colonias, por una parte, y a la leyenda del oscurantismo y de la persecución del libro en América, por otra— debemos colocarnos en el justo medio y reconocer que el libro fue en todas las latitudes del virreinato un artículo de lujo, esto es, un privilegio solo accesible a una minoría letrada, y la imprenta, «de carácter eminentemente catequístico» —como lo recuerda Menéndez y Pelayo—, un instrumento al servicio doctrinal y docente de los conventos y monasterios.

Bajo este aspecto debemos hacer justicia a la obra educadora realizada por las órdenes religiosas, especialmente a las que cumplieron los jesuitas antes de su expulsión en 1767.

No era fácil escribir en Indias, pues faltaban estímulos para las nobles tareas del espíritu, pero era más difícil aún dar a la estampa lo escrito, ya que el requisito de la licencia y el envío consiguiente de los originales a España, con los gastos de viaje y comisiones, significaban obstáculos casi insalvables para la publicidad. Ello determinó la pérdida de valiosos y numerosos manuscritos e impidió que muchas obras inéditas durante largos años vieran la luz oportunamente, como aconteció, por ejemplo, con *La Argentina*, el famoso relato compuesto por Ruy Díaz de Guzmán en 1620 y publicado por primera vez en 1835.

La producción bibliográfica no aumentó en número ni en calidad con el establecimiento de la imprenta en América. Recordemos las fechas de su desarrollo progresivo: en 1535 se instala en México; en 1584 en Lima; en 1660 en Guatemala; en 1700 en el Paraguay; en 1707 en La Habana; en 1736 en Bogotá; en 1747 en Brasil; en 1748 en Santiago de Chile; en 1754 en el Ecuador; en 1766 en Córdoba del Tucumán; en 1780 en Buenos Aires; en 1807 en Montevideo; en 1808 en Venezuela y en 1820 en Panamá.

Tengamos presente, también, que esos talleres se establecieron, casi en su totalidad, por iniciativa

y porfiada gestión de los religiosos jesuitas, y nunca por decisión espontánea de las autoridades de la metrópoli, las cuales, por el contrario, siempre se manifestaron reacias para acordar los permisos de rigor, habiendo llegado hasta denegar algunos de estos, como el solicitado en 1776 por la Universidad de Chuquisaca para instalar un taller con el objeto de publicar las tesis de sus egresados y los trabajos de los profesores. Otras veces se concedía la licencia con expresas limitaciones. Así la lograron, después de múltiples y azarosos trámites, los misioneros de Córdoba para su efímera imprenta, con la precisa calidad, advertía el celoso fiscal, «de que en ella no se imprima libro alguno que trate de materias de Indias... ni papel alguno en derecho... ni arte y vocabulario de los indios».

Por otra parte, los libros salidos de las imprentas coloniales —excepción hecha del famoso *De la diferencia entre lo temporal y eterno*, del padre Nieremberg, verdadera joya de los talleres guaranícos, y de unos pocos volúmenes impresos en México por Juan Pablos y Antonio Espinosa— no se recomiendan por su ejecución técnica ni por la calidad de los materiales empleados.⁴

ALGUNAS BIBLIOTECAS PRIVADAS EN CÓRDOBA Y BUENOS AIRES

No obstante estas circunstancias poco propicias para el desarrollo de la vida intelectual, y el régimen de policía que se implantó en las colonias para la imprenta y el comercio de libros, estos se introdujeron en forma clandestina y cada vez en mayor número, lo que demuestra que algo se leía en América a despecho de la rigurosa censura oficial.

Tampoco pudieron impedir las leyes prohibitivas que se formasen, en defecto de las públicas —que no las hubo— buenas bibliotecas particulares. Estas existieron especialmente en Córdoba y Buenos Aires y algunos de sus dueños se cuentan entre los primeros bibliófilos y coleccionistas.

Desde principios del siglo XVII la histórica capital mediterránea se convirtió en un vigoroso centro de cultura, gracias a la acción bienhechora de la Universidad, fundada en 1613 por los jesuitas. Con ella aparece, también, la primera librería particular de importancia, especialmente en materia filosófica y teológica, que reunió su fundador, fray Fernando Trejo y Sanabria, y que luego sirvió de base para la formación de la biblioteca universitaria.

Otras colecciones valiosas, de las cuales han quedado testimonios en los archivos cordobeses, fueron las del gobernador don Francisco de Avendaño y Valdivia (1641), la del capitán Francisco Moyano

y Cornejo (1684), la del doctor Francisco Vilches Montoya y Tejada (1653–1723), vicario general y gobernador eclesiástico que gozó de reputación como canonista.

Igualmente, parece haber sido muy importante la biblioteca de monseñor Tomás de Torres, fallecido en 1629. Es una lástima que su contenido bibliográfico no haya podido reconstruirse, pues muchas de sus obras se dispersaron por sucesivas sustracciones, lo que le permite decir graciosamente al padre Furlong, refiriéndose a ella, que «ya había a principios del siglo xvii no solo una manifiesta bibliofilia sino también una no menos pronunciada y tal vez muy generalizada bibliocleptomanía». ⁵

No menos valiosa fue la librería del doctor Ignacio Duarte y Quirós (1619–1703) donada luego al Colegio de Monserrat, que había fundado en 1687.

Durante el siglo xviii existieron en la docta capital varias bibliotecas de significación cultural. Merecen señalarse la de Diego Salguero y Cabrera (1687–1769), prelado de vasta cultura, dueño de una colección científica especializada en botánica, zoología y medicina, gran parte de la cual donó al Hospital San Roque de su ciudad natal; la del doctor Ángel Mariano Moscoso (1736–1804), obispo de Córdoba, cuya librería, rica en historia, teología, economía política y ciencias jurídicas, había reunido pacientemente durante sus largas estadías en Bolivia y Perú; la de Rodrigo Antonio de Orellana (1761–1821) —uno de los autores

de la fracasada empresa contrarrevolucionaria, por la que hubo de ser fusilado en Cabeza de Tigre—, cuyos libros se destinaron por orden de la junta gubernativa a la Biblioteca Pública de Buenos Aires, que acababa de fundar Mariano Moreno; la de don Santiago de Liniers (1753–1810), también embargada, poco antes de su fusilamiento, que se componía de más de 400 volúmenes de historia y ciencia militar; la de Juan Gutiérrez de la Concha (1760–1810), el infortunado gobernador de Córdoba que se unió a Liniers en su tentativa reaccionaria, que era una biblioteca especializada en náutica, astronomía y matemáticas, y la del doctor Victorino Rodríguez (1756–1810), profesor fundador de la cátedra de Instituto (1791), que reunió una corta pero selectísima colección de libros jurídicos.

La expulsión de los jesuitas, dispuesta por Carlos III en 1767, tuvo graves consecuencias morales para la cultura del Río de la Plata, pues, por una parte, se interrumpió la fecunda labor intelectual que silenciosamente venían realizando los miembros más eminentes de la Compañía y, por otra, se operó un desplazamiento de la hegemonía cultural desde la ilustre ciudad de Cabrera, centro católico y conservador, hacia Buenos Aires, que despuntaba ya como la futura metrópoli liberal y mercantil del virreinato.

Los voluminosos archivos de la Orden, incautados en Córdoba y Asunción, fueron traídos a Buenos Aires, desde donde se dispersaron muchos de sus documentos. Otro tanto ocurrió con los libros

de sus famosas bibliotecas de la Universidad, del Colegio Máximo y de los conventos de San Francisco y Santo Domingo.

La fundación del taller de Niños Expósitos en 1780, con los restos de la antigua imprenta traída desde Córdoba, por el virrey Vértiz, y la creación, poco después —1783— del Real Colegio de San Carlos, centro prestigioso de enseñanza que congregó una pléyade brillante de maestros, determinaron un intenso movimiento cultural en la naciente Atenas del Plata.

Estas circunstancias explicarán fácilmente algunas bibliotecas privadas bien provistas que existieron en Buenos Aires a fines del siglo XVIII. Dignas de mención son las del obispo Manuel Azamor y Ramírez (1733–1796), que reunió la más nutrida biblioteca episcopal de la época, en la que se hallaban muchos libros profanos prohibidos por la censura; la de Juan Baltasar Maziel*, cuyo inventario,

*\ Maziel, Juan Baltasar. Nació en Santa Fe en 1727 y falleció en Montevideo en 1788. El mejor trabajo que se ha publicado sobre esta vigorosa personalidad del Buenos Aires virreinal lo debemos a la pluma de Juan Probst, *Juan Baltasar Maziel. El maestro de la generación de Mayo*, Buenos Aires, 1946. Probst no solo hace una biografía exhaustiva y copiosamente documentada con referencias y datos nuevos, sino que estudia al personaje en función del ambiente en que le tocó actuar y pone de manifiesto sus relaciones con las figuras más significativas de la época. Evoca con vivos colores detalles de la vida doméstica y de la famosa casa del Magistral, su

a su muerte, arrojó 1099 volúmenes sobre teología, historia, literatura y derecho en general, no faltando tampoco, entre ellos, obras señaladas por el Índice, como las de Bayle, Voltaire, Rousseau, Montesquieu, etcétera; la de Claudio Rospigliosi, jurisconsulto porteño muerto en 1787, después de haber ejercido durante varios años el cargo de fiscal defensor de la Real Hacienda, dejó una regular librería, estimada aproximadamente en 300 volúmenes, en su mayor parte textos jurídicos, y una valiosa colección de diccionarios y gramáticas en diversos idiomas; la de Manuel Ignacio Fernández, español muy vinculado a Carlos III, quien trajo de Madrid en 1777, al ser designado intendente de ejército en Buenos Aires, una valiosa librería, pues era hombre estudioso y muy culto, tanto que algunos historiadores afirman que muchas de las iniciativas del progresista virrey Vértiz, fueron inspiradas por su consejo.

aderezo, sus muebles, para detenerse especialmente en la parte más brillante de la morada: la biblioteca, orgullo de su dueño y centro de una no menos famosa tertulia. La pasión de Maziel por los libros era tal que, no obstante el elevado precio de los mismos y las dificultades para las compras, muchas veces arriesgó todo su crédito y no titubeó en recurrir hasta a préstamos para pagar las cuentas de libreros españoles.

LOS PRIMEROS ANTICUARIOS

Por esta época aparecen, también, los primeros anticuarios en el Río de la Plata. Bajo la influencia de los comisionados de límites enviados por España —Félix de Azara, Juan Francisco de Aguirre y Diego de Alvear, todos hombres cultos y técnicos al propio tiempo— surgió un núcleo selecto de estudiosos que fueron los verdaderos precursores de la historiografía nacional.

Ellos se entregaron a la tarea de reunir «antiguallas», como se decía —papeles, reliquias, libros— formándose así los primeros archivos, museos y bibliotecas particulares.

Julián de Leyva, coleccionista de papeles y acotador concienzudo de libros, fue también poseedor de una rica librería. Cuando Azara estuvo en Buenos Aires, la frecuentó asiduamente y en ella encontró el único ejemplar que existía aquí de la historia manuscrita del padre Lozano y una copia del relato, también inédito, de *La Argentina*, de Ruy Díaz, con apostillas del mismo Leyva*. Este anotó algunas ediciones de De Angelis y facilitó datos históricos

*\ De Leyva, Julián. Jurisconsulto, historiador y bibliófilo, nació en la villa de Luján en 1749 y falleció en Buenos Aires el 3 de febrero de 1818. Se doctoró en leyes en la célebre Universidad de San Felipe de Chile. En 1785 fue relator de la Real Academia de Buenos Aires y en los días de la Revolución de Mayo desempeñó en el cabildo

al deán Funes, que lo recuerda en el prólogo de su *Ensayo*. Su valiosa colección documental fue donada por los herederos al Archivo General de la Nación.

José Joaquín de Araujo** fue otro erudito menudito que se dio desde temprano a la tarea de juntar papeles, objetos, códices y libros. A su muerte, este hombre laborioso dejó una copiosa biblioteca, una notable colección de piezas de historia natural, un valioso monetario americano y numerosos manuscritos, originales y de su pluma unos, y otras copias de documentos históricos hasta entonces no publicados por la prensa.

Don Gaspar de Santa Coloma*** reunió un valioso archivo de documentos referentes a la historia

porteño el cargo de síndico procurador. Era el doctor Leyva un hombre cultísimo y de gran profundidad de juicio, según Mitre.

**\ De Araujo, José Joaquín. Nació en Buenos Aires el 7 de enero de 1762 y falleció el 10 de mayo de 1834. Hizo estudios en el Real Colegio de San Carlos hasta terminar el curso de filosofía. Luego desempeñó diversos cargos en la tesorería de la Real Hacienda y Ejército. Como escritor colaboró en el *Telégrafo Mercantil* y fue autor, además, de la *Guía de forasteros del virreinato de Buenos Aires*, obra notable por la erudición y exactitud de sus datos, recogidos en los archivos públicos.

***\ De Santa Coloma, Gaspar. Nació en España el 6 de enero de 1742 y falleció en Buenos Aires el 31 de enero de 1815. Durante varios años estuvo en la corte española. Llegó al Río de la Plata en 1768. Poco después —en 1781— contrajo enlace con doña Flora de Azcuénaga, perteneciente a una distinguida familia de la colonia. Don Gaspar figuró entre los comerciantes más respetables y acaudalados de Buenos Aires. Ocupó los cargos de regidor, defensor

religiosa, social, política, comercial y marítima de nuestro país entre los años que median desde 1787 hasta 1849. Hoy se encuentra bajo la custodia de sus descendientes. Consta de catorce grandes volúmenes, entre los que figuran curiosos libros de cuentas corrientes de la ciudad de Buenos Aires con el extranjero y las provincias, y copias de cartas que contienen vivos relatos de lo sucedido entre los años 1788 a 1842. Otras cartas, inéditas hasta ahora, registran datos de sumo interés sobre las invasiones inglesas y fueron escritas a su hermano político, don Antonio de Olaguer Feliú, ex virrey y ministro de guerra en España.

ALGUNOS LIBREROS PORTEÑOS

En el último tercio del siglo XVIII, con la instalación del benemérito taller de los Niños Expósitos, aparecen simultáneamente en Buenos Aires el impresor y el librero. Diversos documentos parecen demostrar que el más antiguo mercader de libros establecido en la capital del virreinato fue el portugués José de Silva y Aguiar, bibliotecario del Colegio de

general de huérfanos y síndico procurador. Los salones de su histórica mansión, situada en las calles Florida y Rivadavia, fueron centro de una tertulia que se hizo justamente famosa en su tiempo.

San Carlos y primer regente-administrador de la imprenta fundada por Vértiz en 1780. Silva tuvo su comercio en la calle San Miguel (hoy Suipacha), más o menos desde 1760. Poco después se establecieron Ramón de la Casa, Antonio Ortiz, quien había sido cajista y corrector de pruebas en la imprenta oficial, ubicado con casa propia junto al convento de la Merced, y Antonio José Dantas, paisano de Silva y socio fiador de este, quien tuvo a su cargo, como se sabe, la venta al detalle de la famosa biblioteca del canónigo Maziel, operación que terminó su viuda, doña Ignacia Feijóo, en junio de 1809.

En los treinta años que corren entre 1780 y 1810, el comercio librero prosperó muy lentamente, pues eran pocos los que se dedicaban con exclusividad a este género de tareas. Los anuncios —muy escasos, por cierto— que insertan los periódicos de la época, demuestran que los profesionales del ramo ofrecían en venta, alternativamente, volúmenes y los más diversos objetos, como productos medicinales, comestibles, artículos de mercería, etcétera.

Por estos curiosos anuncios, sabemos, por ejemplo, que la popular tienda de don Miguel de Ochagavía, situada sobre la vereda ancha, frente a la plaza de la Victoria, ofrecía al par que géneros y telas, libros llegados del extranjero, periódicos y papel sellado.

La tertulia de librería, que ha sido tradicional entre nosotros, tiene su más remoto antecedente en las animadas reuniones de catalanes y vascos que se efectuaban en la librería de don Tomás Valencia para conspirar contra los ingleses invasores y preparar la independencia del Río de la Plata.

NOTAS

1\ Los centros más activos del movimiento bibliográfico en América fueron, como se comprende, México y Perú. Desde el primer impreso aparecido en México en 1539, hasta el año 1821, en que se declaró su independencia, han sido registradas hasta la fecha las siguientes publicaciones: siglo XVI: 2321; siglo XVII: 1838; siglo XVIII: 6890; siglo XIX: 2673.

La producción en el Perú fue sensiblemente menor y la correspondiente al Río de la Plata mucho más reducida aún.

2\ José Torre Revello, *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*, Buenos Aires, Peuser, 1940, p. 244.

3\ Vicente Gil Quesada, *La vida intelectual en la América española durante los siglos XVI, XVII y XVIII*, Buenos Aires, La cultura argentina, 1917, p. 77.

4\ No compartimos, por lo tanto, bajo este aspecto, el juicio laudatorio del padre Furlong, cuando dice «que las prensas fueron estableciéndose por doquier en América» y que, desde el punto de vista tipográfico, «la producción colonial fue tan buena como la de la mayoría de las imprentas que entonces había en Europa, y mejor, por lo general, que muchas de las imprentas que hoy existen en diversos países de nuestro continente». (Véase *Orígenes del arte tipográfico en América especialmente en la República Argentina*, Buenos Aires, Huarpes, 1947, p. 213).

Teodoro Becú, para justificar la exclusión de impresos de la colonia en la Exposición del Libro que organizara en Buenos Aires en 1940, por encargo del gobierno nacional en conmemoración del quinto

centenario de la imprenta, recordaba que «la imprenta de las colonias españolas fue muy pobre y mala», y que ello, precisamente, decidió al padre Antonio de la Calancha a enviar a España, a principios del siglo XVI, los originales de su famosa *Crónica moralizada*, después de estampar en el prólogo su categórico repudio a las prensas de Lima y pedir amparo a la Virgen, «rogándole que me defienda más de los malos impresores que de los maldicientes». (Véase *Catálogo de la Exposición del Libro*, Buenos Aires, 1940, p. XVIII).

5\ Guillermo Furlong, *Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica*, Buenos Aires, Huarpes, 1944, p. 29.

2 El libro y la Revolución de Mayo

FUNDACIÓN DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA

La revolución de 1810 se sirvió de la imprenta con *La Gaceta de Buenos Aires* para la propaganda de sus ideales y del libro como instrumento de liberación para iluminar y emancipar los espíritus. Una de las primeras preocupaciones de la Junta fue el establecimiento de una Biblioteca Pública, órgano de cultura popular y centro difusor de todo progreso. «Por fortuna —decía *La Gaceta* del 13 de septiembre de 1810, seis días después del memorable decreto creador— tenemos libros bastantes para dar principio a una obra que crecerá en proporción del sucesivo engrandecimiento del pueblo. La Junta —agregaba— abre una suscripción pública para los gastos de estantes y demás costos inevitables».

La Biblioteca Pública surgía, así, humildemente, con el generoso auspicio de todos, sin recursos previstos para cumplir sus fines en horas decisivas

para la causa revolucionaria y bajo la inspiración del ilustre secretario gubernativo, su verdadero y único fundador, doctor Mariano Moreno. «¡Esto es admirable!» —ha dicho Groussac, haciéndose eco de las tremendas dificultades que debían afrontar los próceres de la independencia— y luego agrega: «¡Para bibliotecas estamos!, murmurarían sin duda los espíritus superficiales, los “flisteos” miopes que en todas partes y en todo tiempo forman las mayorías: los antecesores de los prácticos de hoy, que se encogen de hombros cuando se les repite que la crisis presente, verdadero marasmo político y social, no es en el fondo sino un problema de educación».¹

A los pocos días de fundada la biblioteca, afluyeron de todas partes las donaciones en libros y dinero. Formaron su fondo primitivo los libros legados en 1796 por el obispo don Manuel Azamor y Ramírez, los del Colegio de San Carlos y su rector don Luis José de Chorroarín, los de Manuel Belgrano, el doctor Agüero, la señora del poeta Lavardén, el protomédico don Miguel O’Gorman —importante colección de obras científicas— y muchas otras. En dos meses fueron recolectados no menos de diez mil pesos y 4000 volúmenes. Con este capital bibliográfico la histórica institución, bajo el cuidado de sus dos primeros bibliotecarios, fray Cayetano Rodríguez y don Saturnino Segurola, abrió sus puertas al público el 16 de marzo de 1812.

No obstante su venturoso signo inicial, la marcha fue lenta y pródiga en vicisitudes. Las cifras son reveladoras de su progreso discontinuo: en 1823 la biblioteca no poseía menos de 17 000 volúmenes y el número de concurrentes excedía de tres mil doscientas personas. Cincuenta años después, se registraban 20 104 impresos y menos de tres mil lectores.

Es evidente que el retroceso hay que imputarlo a una sola causa: los trastornos políticos y económicos derivados de las guerras civiles y del largo período de la dictadura.

Groussac lo confirma recordando que el movimiento bibliográfico durante esos años luctuosos fue escasísimo, tanto en compras como en donaciones, al punto de que no alcanzan a cien las obras ingresadas por este último concepto en la década de 1840-1850.

Infortunadamente, este período de estancamiento habría de continuar por veinte años más, es decir hasta 1871, en que se inicia la laboriosa dirección del doctor Vicente Gil Quesada, durante la cual la biblioteca recibió un vigoroso impulso de crecimiento —solo en cinco años se enriqueció con 9716 volúmenes—, triplicó el número de lectores, organizó un sistema de canje con el exterior, inició la catalogación de manuscritos y transformó el establecimiento haciendo construir en su histórico local de la calle Moreno una moderna y espaciosa sala de lectura.

Las administraciones posteriores de Manuel Ricardo Trelles (1879–1884) y Paul Groussac (1885–1929) siguieron este ritmo de progreso con numerosas mejoras de orden bibliográfico y material.²

LA «OLIMPÍADA RIVADAVIANA» Y EL PROGRESO BIBLIOGRÁFICO

Los primeros años subsiguientes al movimiento de mayo, no obstante la fundación de la biblioteca a que acabamos de referirnos y el establecimiento de varias imprentas en Buenos Aires,³ no fueron propicios para difundir el gusto por la lectura ni para el desarrollo de las empresas editoriales.

Hacia 1821 se inicia, con el ministerio civilizador de Rivadavia primero, y bajo la acción directa de su presidencia en 1826, después, un verdadero renacimiento cultural en Buenos Aires, luz efímera que duró hasta los comienzos de la tiranía. Funda la Universidad, y con ella surgen las primeras academias y asociaciones científicas; reorganiza la biblioteca oficial; crea el Archivo General, en cuyo repositorio se concentran los papeles públicos dispersos en varias oficinas; establece en 1823 el Museo Público de Buenos Aires en los altos del convento de Santo Domingo y luego, en 1826, siendo ya primer magistrado de la Nación, designa a Carlos Ferraris, farmacéutico y conocedor de las preparaciones

zoológicas, para el cuidado de las colecciones y, por último, transforma el vetusto taller de los Niños Expósitos en Imprenta del Estado, con los nuevos elementos gráficos llegados en el mes de febrero de 1824, a bordo del *Lord Egremont*.

Por gestión o sugestión del ilustre gobernante, imbuido de los principios de la cultura europea, llegaron al país los primeros litógrafos, acuarelistas y grabadores, que crearon entre nosotros el arte de la estampa. Todo ello revela, por lo pronto, cierta preocupación por la pulcritud tipográfica y artística de las nuevas ediciones. Contemporáneamente trabajan algunos artistas, extranjeros en su mayoría, que cultivan la ilustración del libro propiamente dicha, entre ellos, el londinense John Alais, quien hizo en el país los primeros grabados sobre acero para exornar la edición de las famosas cartas de Lord Chesterfield, impresas en Buenos Aires en 1833, y el famoso litógrafo don César Hipólito Bacle, suizo de nacionalidad, quien habría de publicar los primeros periódicos ilustrados que vieron la luz en América del Sur.⁴

Estos factores crearon, como se comprende, una viva inquietud intelectual y, con ella, algunos refinamientos precursores de una incipiente bibliofilia. Desde 1830 el comercio bibliográfico con las ciudades europeas —activado luego por el romanticismo literario de Francia, que pronto se trasplantaría al Río de la Plata— era singularmente intenso en Buenos Aires, centro ya de varias librerías de importancia.⁵

De entre estas librerías, una merece señalarse por haber ejercido influjo perdurable, no obstante su vida breve, pues su trastienda, sede de un famoso cenáculo, fue foco de conspiración contra la tiranía naciente y germen de la Asociación de Mayo que presidió Echeverría en 1838.

MARCOS SASTRE, PRIMER LIBRERO CULTO DEL RÍO DE LA PLATA

Marcos Sastre*, bibliógrafo erudito, publicista y educador, es el primer librero culto y desinteresado con que cuenta Buenos Aires. Instala su Librería Argentina, más o menos por el año 1832, en la calle Defensa entre Moreno y Belgrano, próxima a la vieja Universidad.

En enero de 1835, en su nuevo local de la calle Reconquista 72, funda el Gabinete de Lectura, una verdadera biblioteca pública, que permite a los

*\ Sastre, Marcos. Nació en Montevideo en 1809 y falleció en Buenos Aires el 15 de febrero de 1887. Vicente Fidel López lo recuerda en su *Autobiografía*. «Allí vendía y cambalecheaba —dice— toda clase de libros, y sobre todo buscaba los *muy viejos*, sobre cualquiera materia que fuese. Se extendió bastante su crédito; y no solo estudiantes, sino gentes de mayor entidad concurrían; porque no solo tenía abundancia de mercadería, sino que daba noticias de dónde, de cómo, de qué forma, etcétera, podía hallarse o pedirse la obra que se buscaba». (*La biblioteca*, t. I, p. 345, Buenos Aires, 1896).

estudiosos, mediante el pago de una pequeña cuota mensual, el uso de los libros en el carácter de préstamo a domicilio. Por último, a mediados de 1837, Sastre traslada nuevamente su casa a un edificio más espacioso de la calle Victoria 59 —el mismo que ocupa más tarde la librería francesa de Claudio M. Joly— y crea el Salón Literario, suerte de academia o ateneo que congrega públicamente a la juventud de entonces para realizar lecturas y disertaciones sobre temas literarios y políticos. El salón tuvo, apenas, unos tres meses de vida. Rosas, que sospechaba del espíritu liberal de sus miembros, ordenó su clausura. Esta, a su vez, trajo como consecuencia la liquidación definitiva de la librería, cuyas existencias se vendieron en tres remates sucesivos que se realizaron entre enero y marzo de 1838.

LA CRISIS CULTURAL DURANTE LA ÉPOCA DE ROSAS

El cierre del Salón Literario en 1837 señala el punto de partida de un proceso de decadencia cultural que habría de durar hasta la caída de la dictadura de Rosas en 1852.

«La civilización argentina —ha dicho un autor— estaba fuera de Buenos Aires: en Montevideo, en Bolivia, en Chile, expiando duramente sus errores e ilusiones».⁶

Todos los escritores y pensadores han emigrado; la Universidad, privada de recursos, vegeta estérilmente, y el periodismo, sin libertad, desaparece.

Sin esta, bien se sabe, no hay progreso científico, literario, artístico ni filosófico. Como consecuencia de ello, la crisis bibliográfica fue casi absoluta, pues excepción hecha del consabido repertorio de obras y documentos de Pedro de Angelis, la producción intelectual «durante el baldío de la dictadura» se redujo a unas pocas tesis universitarias, alguno que otro ensayo mediocre, impresos oficiales y los engendros apologeticos de rigor al gran Rosas, en los que, como es de imaginarse, campean por igual la cursilería y el servilismo.⁷

El bárbaro decreto de 1 de febrero de 1832, ratificado por ley de la Junta de Representantes de 3 de septiembre de 1834, implantó un régimen de censura absoluta sobre los periódicos y los libros, pues exigía el requisito de la licencia previa —que acordaba en cada caso la escribanía mayor de gobierno— no solo para publicar diarios, sino también para establecer una imprenta cualquiera o ser simplemente administrador de ella. De esta manera tanto el periodismo como la industria gráfica quedaban a merced de la voluntad discrecional del dictador.⁸

Así se explica que publicar por entonces un libro —por más inocente que fuere su contenido— de un autor sospechado de unitario, resultara una verdadera temeridad. No debe extrañarnos, pues, que

cuando Mármol, desde Montevideo, a fines de 1849, le pide a su amigo Rufino de Elizalde, en Buenos Aires, el favor de colocarle los manuscritos de un volumen de versos, este último lo desahucie en términos categóricos: «Aquí no es posible imprimir nada tuyo. Tu solo nombre es un obstáculo y nadie se quiere hacer cargo de ello».⁹

Para tener idea de cómo se administran los intereses de la cultura y de qué manera «prosperan» las librerías de la época, oigamos la opinión imparcial de un viajero europeo, observador agudo y verídico, que llegó a Buenos Aires más o menos por abril de 1850.

La Biblioteca Pública donde Rivadavia había reunido veinte mil volúmenes, y a la que destinó una renta anual, ha sido despojada del subsidio y abandonada a las ratas...

La censura de Rosas, que tolera este club europeo, se ejerce, sin embargo, con todo rigor sobre todo lo que se refiere al país. En San Petersburgo, en Moscú, yo pude adquirir, mediante pocas formalidades, los libros más hostiles al gobierno del zar. En Buenos Aires, apenas si puede pronunciarse en las librerías el nombre de un autor proscrito, o el título de una obra prohibida. Por miedo de comprometerse, los libreros no tienen siquiera una obra de geografía o de estadística relativa al país. En balde traté de procurarme el libro de M. Woodbine Parish, y solamente después de hurgar en varias librerías, pude completar

el *Ensayo histórico del deán Funes*, en tres volúmenes, completamente inofensivo.

Poco más adelante asienta esta afirmación desoladora: «En Buenos Aires no puede decirse que exista una literatura».¹⁰

ALGUNOS COLECCIONISTAS DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX: SATURNINO SEGUROLA Y PEDRO DE ANGELIS

Y no habiendo literatura es lógico que no existieran, tampoco, imprentas y librerías. Alguno que otro erudito, más o menos olvidado en el silencio de su retiro de estudioso, juntó libros y papeles. Esas pocas colecciones particulares son los únicos vestigios de cultura que quedan de esa época sombría e infecunda para el pensamiento argentino.

Además de las de Julián de Leyva y Joaquín de Araujo, que, si bien es cierto que se forman en la época colonial, sobreviven durante gran parte del período que estamos tratando, debemos mencionar especialmente dos bibliotecas de singular mérito: la de Saturnino Segurola y la de Pedro de Angelis.

Saturnino Segurola* es, como Leyva y Araujo, el arquetipo cabal del anticuario y erudito que apareció en Buenos Aires a fines del siglo XVIII. Siguió el ejemplo de Mata Linares**, logrando reunir en más de cincuenta años de búsqueda tenaz, una colección de documentos que ha sido fuente aprovechadísima de consulta por los investigadores de nuestro pasado.

Su archivo, biblioteca y museo fueron los más notables en su tiempo, tanto por la cantidad de piezas raras como por la calidad de las mismas, entre las que se hallaban muchos códices manuscritos.

Segurola —noble espíritu filantrópico— franqueó a la curiosidad de los estudiosos su valioso acervo bibliográfico y documental. En él pesquisaron, entre otros, Bartolomé Mitre, Pedro de Angelis y Gregorio Funes. Este último manifiesta en el prólogo de su famoso *Ensayo* que le debe muchas noticias a Segurola. «Nada iguala al deseo de este erudito

*\ Segurola, Saturnino. Nació en Buenos Aires el 11 de febrero de 1776 y falleció en la misma ciudad el 23 de abril de 1854. Se recibió de doctor en Teología en la Universidad de San Felipe de Santiago de Chile. Fue el introductor de la vacuna en ese país y más tarde su primer propagandista en Buenos Aires, haciendo de la lucha contra la viruela un verdadero apostolado social.

**\ De la Mata Linares y Vázquez Dávila, Benito María. Conspicuo funcionario madrileño, llegó a Buenos Aires hacia 1787, dedicándose a reunir obras y papeles históricos. Logró formar un nutrido conjunto que hoy se conserva en la Biblioteca de la Academia de la Historia, en Madrid. Consta de 125 volúmenes y en ellos han sido señalados más de 300 piezas de interés para la historia rioplatense.

eclesiástico —agrega— por enriquecer su espíritu de conocimientos útiles, sino su exquisita diligencia en adquirirlos».

Después de su muerte, los herederos entregaron a la Biblioteca Nacional los papeles históricos, donde se conservan en treinta y cuatro volúmenes. Su valiosa biblioteca fue sacada a remate en 1854 y muchos ejemplares de la misma fueron adquiridos por Andrés Lamas y Manuel R. Trelles.

Pedro de Angelis, a poco de llegar al país, empezó a interesarse por el estudio de la historia americana y a reunir los materiales que formaron, al cabo de muchos años, la segunda biblioteca privada del Río de la Plata, siguiéndole en importancia a la de Segurola. Pacientemente y por los más variados medios, lícitos e ilícitos, fue acumulando, junto a su librería y precioso fondo documental, toda clase de curiosidades, cuadros de valor, platería autóctona, obras de arte indígena, hasta convertir su hermosa casa de la calle Santa Clara, hoy Alsina, en un verdadero museo de antigüedades, según nos dice un contemporáneo que solía visitarlo algunas veces allí mismo.¹¹

El catálogo de su biblioteca¹² exhibe el más extraordinario conjunto de volúmenes americanos que pudo formarse en esa época. Reunió allí curiosos folletos y libros que, por su rareza, constituían ejemplares únicos, como el famoso *De la diferencia entre lo temporal y lo eterno* del padre Nieremberg, impreso en los talleres misioneros en 1705. Eran

notables las colecciones de impresos de Niños Expósitos, de impresos guaranícos y de textos primitivos de las prensas limeñas. Igualmente, era valiosa la serie de vocabularios indígenas y autógrafos provenientes del Paraguay, algunos de los cuales pasaron después a formar parte de la sección lenguas americanas de la biblioteca del general Mitre.

¿Cómo se formó y cómo se dispersó tan portentosa colección de obras y documentos? El punto aún no se ha esclarecido bien. La pasión política tal vez haya exagerado algunos de los cargos graves que se le formularon a De Angelis como obsecuente servidor de la dictadura. Pero es indudable que si este hizo fuertes desembolsos y sacrificios para adquirir muchas de sus piezas más codiciadas, no es menos cierto, también, que otras tantas reconocen una procedencia dudosa o discutible.

No puede negarse que gran parte de muchos libros y papeles fueron hurtados de la Biblioteca Pública y del archivo de la provincia por el propio De Angelis, pues bien se sabe que este fue, de hecho y discrecionalmente, el verdadero director de ambos repositorios durante todo el período de la tiranía.¹³

El fin que tuvo esta colección es asunto que se conoce mejor. Algunas obras las enajenó De Angelis en Buenos Aires, directa y personalmente, apremiado por la necesidad, cuando, ya caído en desgracia, después de Caseros, se sintió enfermo y pobre. Pero la casi totalidad de las mismas y los manuscritos más

valiosos, fueron vendidos al emperador del Brasil, don Pedro II, y se hallan hoy en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro. Antonio Zinny, que fue amigo de De Angelis y tenía razones para conocer algunos detalles relacionados con su vida íntima, corrobora el aserto, agregando que la tramitación de la venta se hizo con el asesoramiento de Andrés Lamas «por la insignificante cantidad de trece mil patacones», colección que al decir del mismo dueño, «le había costado ingentes sumas abonadas a sus librerías de Londres y París».¹⁴

Antes de realizarse esta operación parece que De Angelis había ofrecido su biblioteca al general Urquiza y que este, después de haber comisionado a su hijo Diógenes para examinarla, decidió su adquisición. Un año después de la propuesta, el 9 de septiembre de 1850, De Angelis le informaba al gobernador entrerriano que tenía ya listo el catálogo de sus obras y todo preparado para el envío a Entre Ríos. No obstante, por causas que se ignoran, la gestión no prosperó y el protegido de Rosas no pudo ver satisfechos sus deseos en el sentido de que su biblioteca pasara a manos del general Urquiza.¹⁵

LOS PRIMEROS PAPELISTAS

Por esta época hubo también algunos coleccionistas que se especializaron, diremos así, en reunir hojas

sueltas de toda índole —bandos, manifiestos, proclamas, oficios, etcétera— formando series completas y ordenadas de periódicos que facilitaban generosamente a los estudiosos para la consulta. A este tipo de papelistas¹⁶ pertenecieron, entre otros, José Nicolás Jorge, Manuel Insiarte y Mariano Vega.

Hasta entonces no se había atribuido mayor importancia a esta fuente de informaciones y el mismo historiador prefería, a menudo, para documentar sus asertos, el dato verbal, las referencias de parte interesada o las noticias recogidas por la tradición.

Estos humildes colectores de impresos menudos, entre los cuales habría de sobresalir poco después Zinny, gracias a la virtud de su celo constante y metódico, lograron salvar infinidad de papeles y con ello contribuyeron a darles jerarquía como fuentes del conocimiento de nuestro pasado.¹⁷

Manuel Insiarte (1803–1868), legislador, fiscal de estado y vocal del Supremo Tribunal de Justicia desde 1835 hasta 1853, fue un jurisconsulto de vasta ilustración que poseyó una notable biblioteca. Coleccionó, además, todas las hojas periódicas que aparecieron en Buenos Aires desde 1801 hasta 1860.

Mariano Vega (1785–1866), jefe del archivo de Buenos Aires durante muchos años, reunió igualmente numerosos libros, periódicos y hojas sueltas que aparecieron en el país desde 1760 hasta mediados del siglo XIX. Obsequia al general Mitre todos los impresos que poseía referentes a las invasiones

inglesas, en las que participó como soldado de la defensa y reconquista de Buenos Aires.

NOTAS

1\ Paul Groussac, *Noticia histórica sobre la Biblioteca Nacional de Buenos Aires (1810-1901)*, Buenos Aires, Menéndez, 1938, p. 9.

2\ El fondo de la biblioteca se ha multiplicado extraordinariamente en cantidad y calidad en los últimos cincuenta años. A ello han contribuido diversas compras de colecciones particulares y numerosos donativos. Merecen recordarse, entre estos últimos, el de Mariano Balcarce, hijo político del general San Martín, que en 1886 obsequió 460 volúmenes, la mayoría procedente de la librería de nuestro Libertador. Posteriormente ingresaron por el mismo título, las bibliotecas de Amancio Alcorta —18 000 piezas de materia jurídica—; la de Ricardo Gutiérrez, selecta en historia americana; la de López Prieto, rica en oceanografía y teosofía; la de Félix Buxareo y Oribe, muy completa en hipología y agronomía; la de William H. Logan, notable en horticultura y jardinería; la de Pastor Obligado, copiosa colección de historia y folklore; gran parte de la selectísima librería del doctor Ricardo Olivera, bibliófilo fallecido hace algunos años, y la estupenda colección de libros de lujo —más de 4000 volúmenes— que perteneció al meritorio coleccionista don Pedro Denegri. Por compra se incorporaron las bibliotecas de Ángel Justiniano Carranza, de gran valor histórico y documental, y la de Martín García Merou, especializada en literatura.

Su fondo de manuscritos reúne alrededor de 40 000 piezas. El fondo bibliográfico total sobrepasa, en la actualidad, las 600 000 piezas.

3\ El *Almanaque* para el año 1826 —el primero de la serie— redactado por J. M. Blondel, enumera los talleres siguientes: Imprenta del Estado, administrada por José P. Rivero; la de La Independencia, calle 25 de Mayo; La Argentina, de Pedro Ponce, calle Potosí 135, y la de Esteban Hallet, calle Cangallo 75.

Conviene tener presente que hasta 1815 solo existió en Buenos Aires la Imprenta de Expósitos. El 24 de julio de ese año se estableció la de Manuel Gandarillas y compañía, adquirida por el

comerciante chileno don Diego Antonio Barros, padre del historiador Barros Arana. Desde febrero de 1817 empezó a figurar bajo el rubro de imprenta de Benevanete y compañía, por haberse trasladado Gandarillas a Santiago de Chile, de donde era oriundo.

Desde 1819 hasta 1828 existió la Imprenta de Álvarez. Su dueño, Juan Nepomuceno Álvarez, había sido arrendatario de la Imprenta de Expósitos de 1816 a 1818. En 1828 vendió su taller particular al gobierno de Córdoba.

Otras prensas, de fugaz duración, fueron las de Phoción fundada en 1820; la de Comercio, de 1822; la de Jones y compañía, 1826–1827, y la de J. Miller, 1827.

El mismo *Almanaque* registra cinco librerías. Ellas son: Juan Manuel Ezeiza, Potosí 57; Larrea Hnos. (Librería de la Independencia), Perú 60; Jaime Mercet, Potosí 57, 28 y 61; Rafael Minvielle, Potosí 46 y Michel Riesco, Potosí sin número.

Los dos *Almanaques* que le siguen en el orden cronológico consiguen los mismos libreros con pequeños cambios en los nombres.

El de 1829, en la página 74, trae esta lista: Librería de la Independencia, Perú 60; Duportail Hnos., Potosí 46; Juan Michel Ezeiza, Potosí 57; Rafael Minvielle, Potosí 39 y Luis Laty, Chacabuco 12.

El de 1830, página 120, enumera las tres primeras, más las de Gustavo Halbach, Universidad 39, y José Antonio Ocantos, Potosí 39.

4 Bacle fue un personaje de vida azarosa y actividad múltiple. Tuvo a su cargo la Litografía del Estado y durante diez años —de 1828 a 1838— realizó una labor extraordinaria y fecunda. El 5 de enero de 1835 dio a luz el *Diario de anuncios y publicaciones oficiales de Buenos Aires*, redactado por José Rivera Indarte, la más antigua publicación del género con grabados, cuya colección consta de 215 números, y el 4 de abril del mismo año, *El Museo Americano*, del que llegó a imprimir 52 entregas. Bacle, además, enseñó el oficio de litógrafo a varios de sus colaboradores. De su taller saldría un discípulo ilustre: Carlos Enrique Pellegrini. En los últimos años, la fortuna se le tornó adversa. Sospechado unitario, fue tenazmente perseguido por Rosas. Falleció a consecuencia —según parece— de los malos tratos que padeció en la prisión, el 4 de enero de 1838.

5 Por esta época Rivadavia ya había dejado formada en Buenos Aires su vasta y heterogénea biblioteca particular, compuesta en su casi totalidad por obras extranjeras. El inventario mandado practicar en 1845, después de su muerte en Cádiz, por su albacea

testamentario, don Manuel Cobo, registra 1748 volúmenes de las más diversas materias. El importe total de la tasación, efectuada por don Gregorio Ibarra, el famoso propietario de la Litografía Argentina, arrojó la suma de \$15 247 y el trabajo fue terminado el 15 de septiembre de 1846. Luego la biblioteca fue rematada, distribuyéndose el producido entre sus tres hijos. (Cfr. Ricardo Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo*, Buenos Aires, Peuser, 1943, I, pp. 66 y sig.).

6\ Paul Groussac, *op. cit.*, p. 30.

7\ Testimonios de esta literatura de homenaje al Restaurador son la *Rosa de marzo* (Buenos Aires, 1843), loa con motivo de su cumpleaños, y el «monumento de gloria», como se denominó en su origen al opúsculo que dispuso publicar la Sala de Representantes, bajo el título de *Rasgos de la vida pública de S. E. el señor brigadier general don Juan Manuel de Rosas* (Buenos Aires, 1842) ambas ediciones de la Imprenta del Estado.

En el periodo comprendido entre 1838 y 1852, se publicaron 19 tesis de medicina y 27 sobre temas de derecho, casi todas insignificantes por su volumen material y mérito científico. Recordemos que un decreto de 27 de enero de 1836 dispuso que no se confriese ningún título de doctor en la Universidad al que no hubiera acreditado ante el gobierno «haber sido y ser notoriamente adicto a la causa nacional de la federación». Ello explica que las disertaciones doctorales se encabezaran con el mote obligatorio: *Viva la Federación* y terminarían, casi siempre, con una laudatoria a Rosas (véase Bidioti, Buenos Aires, 1920).

Los libros propiamente dichos, durante esta época, brillaban por su ausencia. Bajo este título mencionamos los únicos que han llegado a nuestro conocimiento: *Ensayos literarios en prosa y verso* por Florencio R. Pérez, Buenos Aires, Imprenta de José María Arzac, 1845; dos antologías: *La lira española* (1844), de la que se publicaron doce entregas, y *El mosaico literario*, redactado por Juan Antonio Wilde y Miguel Navarro Viola, páginas incoloras que contienen versos y discursos estudiantiles.

Es natural que en esta sumarísima bibliografía del período rosista no incluyamos la segunda edición de *Los consuelos*, Buenos Aires, Imprenta Argentina, 1842, y de *Rimas*, Buenos Aires, Imprenta de José María Arzac, 1846, ambas de Esteban Echeverría.

8\ El decreto está precedido de extensos y ampulosos considerandos, en los que se declara, entre otras cosas, que se quiere «tomar

precauciones convenientes contra los abusos... para que, garantida así la verdadera libertad de imprenta por la fuerza de la opinión pública, sea esta el único apoyo con que pueda y deba contar contra los caprichos de la autoridad un pueblo ilustrado y virtuoso».

9\ Bernardo González Arrilli, *Vida de Rufino de Elizalde*, Buenos Aires, Francisco A. Colombo, 1948, p. 88.

10\ Xavier Marmier, *Buenos Aires y Montevideo en 1850*. Traducción, prólogo y notas de José Luis Busaniche, Buenos Aires, El Ateneo, 1948, pp. 113 y 133.

11\ Lucio V. Mansilla, *Entre-nos. Causeries del jueves*, II, Buenos Aires, El Ateneo, 1930, p. 5.

12\ Pedro de Angelis, *Colección de obras impresas y manuscritos que tratan especialmente del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1853.

13\ Así parece confirmarlo el testimonio de Ramos Mejía, quien asevera que, entre los documentos sustraídos por De Angelis, se encontraba la Real Cédula originaria de la fundación de Buenos Aires y papeles de los archivos de Cervino, Cabrera y de la biblioteca pública relativos a las cuestiones de límites que favorecen los derechos de la República Oriental, luego vendidos en Montevideo por su cuenta y por su agente Zuchi, en la suma de tres mil patacones. (Cfr. José M. Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, II, Buenos Aires, Lajouane, 1907, pp. 45-46). Recientemente se ha sostenido que, a pesar de que muchos de sus manuscritos eran de origen incierto, De Angelis no ha podido saquear el archivo, pues no era más que segundo jefe del mismo y tenía vedado el acceso a los papeles. (Cfr. Rodolfo Trostiné, *Pedro de Angelis en la cultura rioplatense*, Buenos Aires, Bernabé y Cía., 1946, p. 46). Este autor pone en tela de juicio, por de pronto, la legitimidad de la procedencia de muchos manuscritos del famoso coleccionista napolitano. Además, parece olvidar que, cuando en 1835 fue exonerado por Rosas el vicedirector del archivo, don Mariano Vega, estuvo De Angelis a cargo del mismo como jefe, funciones que desempeñó hasta 1852 en que fue repuesto Vega, encontrando este el archivo en el más completo estado de abandono y desquicio.

14\ Antonio Zinny, *Efemeridografía argimetro-politana*, Buenos Aires, 1869, p. 187.

15\ Cfr. Rodolfo Trostiné, *op. cit.*, pp. 46-49, donde se publica el texto de dos cartas de De Angelis a Urquiza, que prueban la veracidad de este ofrecimiento.

16 El diccionario académico no registra la acepción del vocablo *papelista* en el sentido de juntador de papeles, que ha consagrado el buen uso de algunos autores.

Carbia denomina con este término al grupo de *heurísticos* que, sin aplicar el ejercicio de la crítica y el método que exige la investigación, se dieron a la tarea fácil de hacer historia a base de la glosa de piezas inéditas, pero con tanta ingenuidad «que, hecho el cotejo entre la reliquia paleográfica y el texto del trabajo en que se la emplea, casi no se advierte diferencia, como no sea en la grafía de las palabras o en la puntuación de la prosa» (Rómulo D. Carbia, *Historia crítica de la historiografía argentina*, La Plata, 1939, pp. 106–107). Groussac también ha usado el vocablo *papelista* en sentido irónico, para motejar a algunos de nuestros cronistas elementales con pretensiones de historiadores.

17 Con toda razón y propiedad dice el laborioso bibliógrafo gibraltareño que la edición de la bibliografía de la imprenta de Niños Expósitos, don Juan María Gutiérrez y su efemeridografía, «han operado una verdadera revolución en la juventud porteña. Antes que estas aparecieran, agrega, no era cosa rara ver colecciones de periódicos antiguos, interesantes folletos y otras publicaciones del país en las pulperías y otros parajes menos nobles aún; actualmente no solo se ha aumentado de un modo admirable el número de coleccionistas, sino también se ha dado importancia a toda publicación americana. De manera que ya es difícil encontrar papeles antiguos, y los pocos que aún se pueden conseguir, no sin trabajo, obtienen precios asaz subidos» (Antonio Zinny, *Efemeridografía argireparquiótica o sea de las provincias argentinas*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1868, p. 6).

3 La organización nacional y la edad de oro del libro argentino

LAS LIBRERÍAS, FACTORES DE PROGRESO INTELLECTUAL

En la segunda mitad del siglo XIX, con la presidencia de Mitre en 1862, se inician las etapas decisivas de nuestro progreso bibliotecológico y librero: aparece la bibliografía propiamente dicha con sus primeros cultivadores; surgen las grandes bibliotecas privadas, instrumentos activos y fecundos de perfeccionamiento intelectual; se fomenta la ilustración pública con la propagación de bibliotecas populares, a cuyo fin, por inspiración de Sarmiento, se sanciona la histórica ley de 1870, que establece el auxilio económico y el asesoramiento técnico del Estado para la organización del servicio colectivo de lectura y, en ese ambiente propicio, se multiplican las imprentas y librerías que publican y difunden libros y revistas nacionales.

Las primeras librerías han sido, entre nosotros, algo más que simples entidades comerciales. En efecto, no fueron pocos los profesionales del ramo que se identificaron con la vida cultural del país y resultaron, de esta manera, factores eficientes de su progreso. La industria del libro prosperó, pues, gracias al esfuerzo combinado de la iniciativa de los impresores, que no ahorraron medios para mejorar sus ediciones, y del gusto, cada vez más exigente y refinado, del público lector. Por ello, esos modestos obreros de la cultura —libreros, editores e impresores— merecen una mención en la historia literaria argentina. Precisamente, la década comprendida entre 1862 y 1872, inaugura lo que podríamos llamar la edad de oro del libro nacional. En ese breve lapso se fundan sucesivamente, año tras año, diversos establecimientos que habrían de subsistir, luego, como grandes emporios, modelos en el género.¹

Inicia la serie Carlos Casavalle —el librero de la patria, como merecidamente se le llama— que funda en 1862 la Imprenta y Librería de Mayo, de la cual salieron, pulcramente impresos, centenares de volúmenes pertenecientes a Mitre, López, Gutiérrez, Zinny, Quesada, Lamas, Trelles, Avellaneda, Navarro Viola, Pelliza, Saldías, Wilde, todos ellos, a la vez, asiduos concurrentes a la tertulia inolvidable que se celebraba en la trastienda de su negocio. Casavalle, bibliófilo culto y editor generoso, fue

quien más trabajó en su tiempo por la difusión y prestigio del libro argentino.

Le sigue en orden cronológico Pablo Emilio Coni, quien establece a principios de 1863 la imprenta que lleva su nombre, hoy la más antigua de las existentes en el país. Así como Casavalle fue el editor de las primeras publicaciones periódicas de carácter histórico y literario, Coni inició, igualmente, las primeras de índole científica y jurídica.

Pocos meses después, en mayo de 1864, don Guillermo Kraft instala un pequeño taller de impresiones, punto de partida del grandioso establecimiento de artes gráficas que hoy admiramos. Al modesto refugio solían concurrir —eran los años felices en que sobraba tiempo para todo— Mitre, a la sazón presidente de la República, que honraba con su amistad al hábil dibujante germano, recién llegado al país; su ministro Eduardo Costa; el sabio naturalista Burmeister y otros colegas de este, pues Kraft tiene el mérito de haber realizado las primeras láminas litografiadas con ilustraciones de botánica y zoología.

Jacobo Peuser es otra figura noble y generosa que se vincula, con su sello de imprenta justamente prestigioso, a la historia de nuestra cultura intelectual. La Librería Nueva —tal era el nombre de la casa fundada por él— abrió sus puertas el 20 de abril de 1867 en un minúsculo local de la calle Cangallo 89. En 1881 se transformó en editorial y, a partir de entonces, se fue consolidando progresivamente

hasta lograr la capacidad técnica y potencialidad financiera de que hoy se enorgullece.

En 1868 llegan los hermanos Juan B. y Pedro Igón como sucesores de la Librería del Colegio, la más antigua de Buenos Aires, pues desde 1830 y a través de diversos dueños, venía ocupando el histórico solar que hoy forman las calles Alsina y Bolívar. La librería fue, desde esa época y por espacio de un tercio de siglo, un verdadero centro literario. Los hermanos Igón, que se especializaron en libros de rezo, para satisfacer así la fructífera demanda de la clientela de fieles concurrentes a los templos de la vecindad, alternaban su trato, además, con un núcleo selecto de escritores y poetas —de algunos de ellos fueron, también, editores— entre quienes se contaban Guido y Spano, Fregeiro, Martín Coronado, Pedro Goyena, Adolfo Lamarque, Eduardo Gutiérrez, Gregorio Uriarte, Rafael Obligado, Marcos Sastre, etcétera.

En 1869 se establece la Librería Europea, de Luis Jacobsen, en Florida y Lavalle, que inició la importación puntual de novedades del Viejo Mundo, especialmente francesas. El librero danés —versado bibliófilo y conocedor de varias lenguas— al que sucederían, en casas distintas, algunos de sus discípulos en el oficio, como Bernardo Loubière y Arnoldo Moen, se dirigía a un público distinto del habitual de la Imprenta Mayo, centro

de los patriarcas de las letras nacionales y cuna de ediciones históricas famosas.

Por último, en 1871, cierra la década brillante don Ángel Estrada, con el establecimiento de una fundición de tipos para imprimir y poco después, con su Imprenta Americana, principio modesto de la gran casa editora que se habría de consagrar a la bibliografía didáctica, iniciando en el país la impresión de los primeros textos nacionales.

En los años que siguen, hasta cerrar el siglo, se establecen Félix Lajouane, en 1877, librero culto y de vocación, posiblemente el editor más importante, después de Casavalle; Augusto Espiasse, en 1883, primero que organizó entre nosotros un servicio regular de suscripciones para diarios y periódicos europeos; Teodomiro Real y Prado, quien se especializó en obras antiguas de historia americana y creó más tarde una colección de libros ilustrados auténticamente argentina, fundando a tales fines, en 1865, la *Biblioteca Hispanoamericana*; Arnoldo y Balder Moen, en 1885, con la librería mejor surtida en obras literarias, centro también de las grandes figuras de las letras y, por último, Jesús Menéndez, en 1900, el patriarca del gremio, muerto después de una larga jornada de trabajo editorial al servicio de la cultura argentina.

ORIGEN Y DESARROLLO DE LA BIBLIOGRAFÍA. PEDRO DE ANGELIS, EL PRECURSOR

El desarrollo de la bibliografía de un país es índice precioso para valorar su nivel medio de cultura, pues los repertorios de la producción intelectual constituyen verdaderos censos que recogen todas las expresiones de la inteligencia y documentan, año por año y en forma metódica, el origen y evolución de la riqueza espiritual de los pueblos.

No obstante la importancia que tiene esta rama de la erudición, careció en la Argentina, durante el pasado siglo, de cultivadores puros. A diferencia de lo que acontece con otros países de América —México, Chile, Cuba, por ejemplo, donde la bibliografía exhibe una honrosa tradición que se remonta a la época colonial— entre nosotros ha tenido, en general, un desarrollo incipiente, fragmentario, y los pocos estudiosos que consagraron a ella sus vigilias, abordaron la tarea sin el rigor científico que exige la misma y sin continuidad en el esfuerzo para legarnos una obra más o menos orgánica y completa.

Faltó, sin duda, el ambiente adecuado para que prosperara este género de tareas. Las querellas domésticas y las vicisitudes políticas dispersaron la atención de los hombres de pensamiento —que eran a la vez hombres públicos—, y ahuyentaron el sosiego y la tranquilidad necesarios para una faena que reclama esencialmente vocación y larga

paciencia. Cuando la organización definitiva del país aseguró la paz de los espíritus, la historiografía y las letras solicitaron el esfuerzo de casi todos los estudiosos. Algunos, sin embargo, al margen de sus preocupaciones dominantes, se introdujeron en el terreno bibliográfico dejándonos aportes estimables al progreso de esta disciplina.

Los primeros trabajos sobre la materia datan, entre nosotros, de la segunda mitad del siglo XIX y pertenecen a un extranjero, don Pedro de Angelis, de quien nos ocupamos anteriormente como coleccionista y anticuario. El catálogo de su biblioteca, que publicó en 1853, es el primer repertorio bibliográfico americanista que vio la luz en el Río de la Plata. Aunque Zinny lo juzga «muy ligero y de muy difícil consulta para el bibliófilo», no puede negarse que representa un esfuerzo notable y una contribución utilísima para el mejor conocimiento de la bibliografía histórica. Es digno de señalarse, también, porque constituye el primer ensayo formulado en el país de clasificación bibliográfica. Pero la labor más significativa de De Angelis, bajo este aspecto, es la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna del Río de la Plata*, que publicó en seis volúmenes entre 1836 y 1837.²

No obstante las fallas y reparos que la crítica ha señalado a este corpus documental —algunos prólogos y notas contienen errores de información y de criterio, aparte de que el editor no fue muy

escrupuloso en la transcripción de manuscritos—, la obra revistió singular importancia para el medio y la época. De Angelis tuvo que realizar un trabajo enorme para el hallazgo de los papeles que incluyó en su repertorio, muchos de ellos perdidos en archivos y bibliotecas. Además, su esfuerzo tuvo el valor de una enseñanza fecunda, pues trató de aplicar por primera vez entre nosotros, siguiendo el ejemplo de los modelos del género que vieron la luz en los países cultos de Europa, especialmente en Alemania, después de 1820, los cánones técnicos que rigen las grandes ediciones de fuentes históricas.

LOS BIBLIÓGRAFOS CLÁSICOS: ZINNY, MITRE, GUTIÉRREZ, NAVARRO VIOLA Y GROUSSAC

Al lado de Pedro de Angelis se inició y formó Antonio Zinny. Su obra larga, humilde y silenciosa, de acumulación y sistematización de materiales, que luego otros habrían de utilizar en trabajos de relumbrón literario —olvidándose, a veces, de citarlo— acrecienta sus virtudes y destaca el mérito de su esfuerzo intelectual sobre muchos historiadores y publicistas que aún siguen espigando con fruto en su vasto arsenal erudito.

Zinny se especializó en la bibliografía periódica. En 1866 empezó a publicar en la *Revista de Buenos Aires* su primer trabajo sobre la materia con el

original título de *Efemeridografía argirometropolitana* hasta la caída del gobierno de Rosas, que tres años más tarde editó en un nutrido volumen. La obra fue calificada por Lamas, en carta dirigida al autor, como «esfuerzo supremo de vocación y laboriosidad». Bien lo merecía, por cierto, pues la misma registra 290 títulos de diarios y periódicos catalogados cronológicamente con noticias explicativas.

Obra gemela de la anterior y publicada también, casi paralelamente en la *Revista de Buenos Aires*, fue la *Efemeridografía argireparquiótica* o sea de las provincias argentinas, donde anota 118 publicaciones periódicas clasificadas por provincias de 1817 a 1852. Cualesquiera sean las lagunas que puedan señalarse a ambas regestas, es evidente que se trata de fuentes indispensables para el conocimiento de nuestra literatura periodística.

Además de estas, Zinny publicó dos bibliografías de libros. La primera se titula *Bibliografía histórica de las Provincias Unidas del Río de la Plata desde el año 1780 hasta el de 1821*, Buenos Aires, 1875, y constituye, sin duda alguna, el mejor repertorio en el género publicado hasta entonces. En esta obra, además de dar noticias de los impresos cuyo inventario realiza, inserta notas y documentos que no eran conocidos en su tiempo, y que se difundieron por esa publicación. La segunda es un trabajo endeble, tanto por su factura bibliográfica como por el ordenamiento arbitrario de materias en que distribuye su contenido.

Nos referimos a su *Catálogo general razonado de las obras adquiridas en las provincias argentinas*, que publicó en 1887, y donde registra las publicaciones, muchas de ellas raras, que adquirió en su carácter de comisionado del gobierno de la provincia de Buenos Aires, con destino a la biblioteca de La Plata.³

Uno de los aspectos más interesantes de la múltiple personalidad de Mitre es su pasión de bibliófilo y de bibliógrafo. Tuvo el hábito de la lectura desde su primera juventud y ese amor por los libros fue en él algo instintivo, como su memoria prodigiosa y su irrefrenable curiosidad intelectual. Era un lector pausado, atento, siempre con la pluma en la mano para anotar sus impresiones y aprovechar doblemente sus largas vigiliias de estudioso. De esta manera se convirtió en crítico de las obras de su biblioteca y casi todas ellas —por no decir todas— fueron objeto de un juicio valorativo en papeletas sueltas o apuntes. Así, «como por generación espontánea», fue preparando los materiales de su *Catálogo razonado de las lenguas americanas*, impreso en tres volúmenes, entre 1909 y 1910, es decir después de su muerte, lo cual demuestra que para el autor no era una obra completa ni definitiva. Este es un libro profundo y original de Mitre y su obra fundamental como bibliógrafo. Se ha dicho con verdad que «el *Catálogo razonado* es el esfuerzo de bibliófilo, de crítico y de filólogo más intenso que se ha cumplido en nuestro país».⁴

Esta bibliografía lingüística americana constituye un repertorio de uso indispensable para los estudiosos de la especialidad, no obstante las omisiones de algunos autores modernos, como lo recuerda el doctor Luis María Torres en la nota de introducción. La obra contiene, también, útiles referencias sobre la imprenta en diversos países del continente.

En otro trabajo suyo, «Orígenes de la imprenta argentina», publicado en la revista *La Biblioteca* en 1896, y reproducido posteriormente varias veces, estudia la implantación de los talleres de imprimir en las misiones jesuíticas, Córdoba y Buenos Aires. A pesar del tiempo de su publicación, la materia está tan prolijamente documentada, que este ensayo conserva el valor de sus conclusiones fundamentales.

En Juan María Gutiérrez (1809–1878), aunque el escritor y el crítico constituyen los rasgos distintivos de su personalidad, es dable advertir, como en Mitre, una honda vocación bibliofílica y bibliográfica. El fenómeno es inevitable en todo aquel que sea verdadero hombre de letras: del goce estético por la lectura, subsiste algo material, y es el amor al libro por el libro mismo, ya sea en virtud de su rareza o de su belleza artística.

La obra que le ha señalado a Gutiérrez un lugar eminente entre los bibliógrafos argentinos se titula *Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires*, publicada en 1866, y representa la primera tentativa para inventariar la producción salida de los famosos

talleres de Niños Expósitos desde 1780 hasta 1810. Poco después, en su libro *Noticias históricas sobre el origen de la enseñanza pública superior en Buenos Aires...* (Buenos Aires, 1868), dio a luz su «Catálogo de los libros didácticos que se han publicado desde el año 1790 hasta el año 1867 inclusive», precedido de una breve reseña sobre la introducción de la imprenta en la capital del virreinato. Otra contribución notable de Gutiérrez, bajo este aspecto, se registra en el *Boletín Bibliográfico Sudamericano*, que editó el librero Casavalle entre los años 1870 y 1871, publicación que contiene más de 1200 títulos con abundantes comentarios debidos a la pluma de don Juan María.

Gutiérrez mantuvo con sus contemporáneos, tanto del país como del extranjero, un activo intercambio de libros y una profusa correspondencia. Pudo así reunir una escogida biblioteca literaria y un nutridísimo archivo en el que se encuentran cartas de los argentinos y americanos más conspicuos de su generación. Este valioso repositorio se halla actualmente en la biblioteca del Congreso de la Nación.⁵

La biblioteca se componía de 1500 volúmenes, en su mayoría enriquecidos con copiosas notas manuscritas y recortes agregados por su ilustre dueño, circunstancias ambas que hacen de ellos ejemplares preciosos. Lástima es que no se halle completa; muchos libros se han perdido y no es raro encontrar aún hoy en los comercios del ramo algún ejemplar

de los que pertenecieron a esta famosa colección, fácilmente identificable por los rasgos de la pluma de don Juan María. Igualmente, debemos deplorar la dispersión de sus papeles. No se sabe aún quiénes guardan, por ejemplo, las cartas que Gutiérrez envió a Ricardo Palma, Torres Caicedo y Pio José Tedín. En el Museo Histórico se halla la correspondencia que mantuvo desde 1847 a 1874 —son 30 epístolas— con Mariano E. Sarratea, residente en Chile.

Entre tanto, sería de sumo interés para nuestra cultura que se editara, debidamente clasificado, el valioso acervo documental que yace hoy en la biblioteca parlamentaria. Hasta el presente se ha publicado su epistolario parcial con Mitre⁶ y con Barros Arana,⁷ y una compilación general realizada por Ernesto Morales (*Epistolario de don Juan María Gutiérrez*, 1942).

Alberto Navarro Viola (1858–1885), poeta, escritor, erudito, bibliófilo, fue también un bibliógrafo concienzudo y escrupuloso. Su *Anuario bibliográfico de la República Argentina*, que se inicia en 1880, con la producción de 1879, comprende nueve volúmenes y llega hasta 1887 inclusive. El *Anuario* —dice el autor en una brevísima nota preliminar al tomo primero— respondía a la necesidad de llevar «a conocimiento de las naciones extranjeras las diversas fases de nuestro movimiento intelectual», y debemos reconocer con justicia que el repertorio cumplió con los fines que se había propuesto y prestó a la cultura

nacional un señalado servicio pues contiene la más completa crónica intelectual de aquellos años. En efecto, por esa época no existía entre nosotros ninguna publicación periódica que informara acerca de la bibliografía argentina. Navarro Viola da preferencia al examen del contenido de las obras, a fin de consignar «un juicio firme y severo, que contribuyese a alentar a los buenos y a retraer un tanto a los que parecen poseídos de la manía de ser autores».

Esta saludable finalidad de crítica militante no le hizo desdeñar la bibliografía en su aspecto subsidiario material, esto es, meramente descriptivo. Los asientos son exactos y llevan todos los datos que permiten la identificación cabal de los impresos. No hay duda de que el autor era un espíritu culto y conocía la técnica de la materia.⁸ Es de lamentar que el prematuro fallecimiento del director del *Anuario* haya interrumpido su publicación. Desde 1885 lo continuó su hermano Enrique hasta 1887, en que cesó de aparecer.

Algunos, con evidente injusticia, han pretendido negarle a Paul Groussac (1848–1929) méritos como bibliógrafo, afirmando que «no se preocupó ni quiso preocuparse de la bibliografía nacional».⁹ Desde luego, debemos admitir que en la vigorosa personalidad del ilustre polígrafo, las facetas más originales y brillantes pertenecen al estilista, al investigador de nuestro pretérito y al crítico admirablemente dotado de inteligencia analítica y razonadora.

Groussac ha sido eso, esencialmente, por vocación y un poco, también, por influjo de las circunstancias del ambiente en que le tocó actuar; pero no es menos cierto que al lado de sus disciplinas mayores, cultivó paralelamente y por obligación profesional, diríamos, la bibliografía.

Bien sabemos que fue durante cuarenta y cuatro años director de la Biblioteca Nacional y que, cuando se hizo cargo de la misma, en 1885, ni esta ni biblioteca alguna del país había editado catálogos ni organizado con criterio técnico su material bibliográfico. El campo estaba virgen y Groussac abrió la ruta, echó las bases, fijó normas orientadoras y adoptó y adaptó sistemas de ordenamiento y clasificación, entonces en boga en centros similares del extranjero. Es verdad que en esto, como en las otras materias que estudió e investigó, cometió errores y que su labor bibliográfica, considerada a la luz de los modernos principios de la materia, adolece de fallas y es pasible de rectificaciones —a algunos, tal vez, les parezca hoy anacrónica— pero no es menos cierto, igualmente, que en la valoración de la misma, para ser ecuánimes, debemos tener en cuenta la época en que la realizó, las exigencias de este género de trabajo y los escasos elementos de que dispuso para ejecutarla.¹⁰

Groussac no fue —tampoco aspiró a serlo— un maestro de bibliografía americana de la talla de José Toribio Medina o Gabriel René Moreno —insignes

cultivadores de la especialidad en el continente sur— pues, como se sabe, no orientó sus especulaciones en este sentido; pero debemos reconocer, en cambio, que como bibliotecario y hurgador de papeles históricos, nos ha dejado una obra de positiva utilidad para los estudiosos, a través de la cual muchos de los que hoy fingen ignorarlo, se han orientado provechosamente en la búsqueda bibliográfica y documental.¹¹

BIBLIOGRÁFOS MENORES

A los bibliógrafos nombrados anteriormente debemos agregar otros, dignos de recordarse por sus contribuciones parciales al progreso de esta materia. Los más importantes son: Estanislao S. Zeballos (1854–1923) quien publicó en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, unas «Apuntaciones para la bibliografía argentina», más con el carácter de crítica literaria y científica que de mera bibliografía; Carlos I. Salas (1864–1921) quien cultivó especialmente la bibliografía histórica, dejándonos útiles repertorios sobre la bibliografía del coronel Federico Brandsen, general San Martín, Pedro Mártir de Anglería y Bernardo de Monteagudo; Manuel F. Mantilla (1853–1909) quien se especializó en la bibliografía periodística de la provincia de Corrientes; monseñor Pablo Cabrera (1857–1936),

autor de valiosos estudios acerca de la imprenta jesuítica de Córdoba; Manuel V. Figuerero (1864–1938) quien publicó completísima bibliografía de la imprenta del Estado en Corrientes; Teodoro Becú (1890–1946) quien dirigió personalmente el *Catálogo de la Exposición del Libro* celebrada en Buenos Aires en 1940 para conmemorar el quinto centenario de la imprenta, y fue autor, además, de varios trabajos sobre bibliografía argentina; y Manuel Conde Montero (1891–1946) quien escribió contribuciones a la bibliografía de Mitre.

En la época actual, la bibliografía ha recibido un impulso considerable entre nosotros, gracias, sobre todo, a la acción del Instituto de Investigaciones Históricas, que funciona en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, donde un núcleo de especialistas ha dado a la stampa numerosos ensayos bibliográficos verdaderamente notables, tanto por su acabada pulcritud como por su rigorismo técnico. Bajo este aspecto merece recordarse la labor ejemplar y orientadora de Emilio Ravignani (1886–1954).

LA BÚSQUEDA ERUDITA. EL INSTITUTO BONAERENSE DE NUMISMÁTICA Y ANTIGÜEDADES

Después de Caseros se produce un rápido y enérgico refloreamiento de los estudios históricos. Mitre funda en 1854 el Instituto Histórico y Geográfico

del Río de la Plata; en 1863, con la *Revista de Buenos Aires*, de Quesada y Navarro Viola, se inicia la serie de grandes publicaciones del género, en torno de las cuales se forman grupos de investigadores que se dan a la empresa de buscar, coleccionar y editar papeles y libros; poco más tarde, en 1872, tiene efecto la fundación del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, por iniciativa de don Aurelio Prado Rojas* y, por último, en 1893, se crea la Junta de Numismática, actualmente Academia Nacional de la Historia.

De esta manera, simultánea y paralelamente a la proliferación de papelistas, aparecen también los juntadores de antiguallas, los anticuarios o «buscones», como los motejara graciosamente Juan María Gutiérrez. Cuando la pasión erudita se dirige a las cosas materiales más representativas del espíritu de un pueblo y de sus orígenes, como son los impresos, monedas, medallas, estampas, cuadros, objetos de platería, cerámica, muebles, tejidos, armas, vale decir antigüedades históricas, la

*\ Prado Rojas, Aurelio. Nació en Buenos Aires el 2 de marzo de 1842 y falleció en Madrid el 20 de octubre de 1878. Jurista, profesor universitario, fue, además, hombre de sólida ilustración y viva curiosidad como anticuario. Fue el primero y único presidente del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades. Dos años después de su fundación —en 1874— empezó a publicar un *Boletín mensual*, del que solo aparecieron cinco números. La muerte de Prado Rojas fue también la del Instituto, que tuvo así una vida efímera.

tarea humilde y silenciosa del coleccionista reviste una extraordinaria utilidad social, no solo porque nos acerca al pasado lejano a través de sus rastros auténticos de cultura, sino también porque facilita a las generaciones del porvenir la revivencia verídica e integral de ese pretérito.

Al Instituto Bonaerense estuvieron vinculados, en forma directa o indirecta, los coleccionistas y estudiosos de la época, entre quienes cabe mencionar: Miguel Olaguer Feliú,¹² descendiente del virrey del mismo nombre, espíritu culto, reunió una importante galería de cuadros de pintores españoles, una rica colección de libros y periódicos americanos y un numeroso archivo de papeles históricos que en 1881 fue donado a la Biblioteca Nacional. Leonardo Pereyra (1834–1899), rico hacendado, dueño de una valiosa pinacoteca. Juan María Larsen (1821–1894), escritor, polígloto y profesor de vasta erudición clásica, cuya biblioteca privada, notable en obras antiguas y raras, se incorporó por compra a la Universidad de La Plata. Rafael Trelles (1817–1880), anticuario de gran fortuna que reunió un extenso y valioso conjunto de cuadros, objetos y libros antiguos, que luego pasaron por herencia a poder de su hermano Manuel Ricardo. Miguel Navarro Viola (1830–1890), uno de los pocos argentinos adherentes a la Sociedad de Anticuarios de Copenhague, fue dueño, igualmente, de una nutrida colección de libros y antigüedades que ofrecía a la

consulta de todos en su hospitalaria casa de la calle Cevallos 341. Juan Cruz Varela (1840–1908), poeta, periodista, comerciante, hombre de espíritu refinado, logró formar en sus repetidos viajes por Europa varias colecciones de objetos artísticos y piezas raras, entre las que se contaron reliquias de las Tullerías y muebles de ébano que habían pertenecido a los emperadores de la China, hoy en el Museo Colonial de Luján. José Marcó del Pont (1851–1917), jurista e historiador del correo marítimo y terrestre en el virreinato, atesoró la colección más completa de sellos de la América del Sur, y un conjunto de monedas y medallas de gran valor, como también diversos objetos de la época de Rosas.

La vocación de esos hombres subsistió intacta y contagió a muchos otros que se sintieron seducidos por el afán erudito. Prosiguieron su tarea coleccionista, al margen de las tareas habituales, no solo por afición, sino también por patriotismo, a fin de conservar los testimonios de una época que se desvanecía vertiginosamente entre las múltiples realizaciones del progreso cosmopolita. Y ese culto por las cosas viejas halló nuevamente, después de más de medio siglo, una expresión solidaria con la fundación, por segunda vez, del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades.

El 15 de noviembre de 1934, por iniciativa de Rómulo Zabala (1884–1949), auténtico conocedor de nuestro pasado y animador generoso de nobles

empresas de cultura, fue el comienzo de la segunda época del histórico centro de anticuarios. Algunos de los fundadores, beneméritos coleccionistas de la última generación, han desaparecido. Entre ellos, Carlos Enrique Roberts (1872–1942), cuyo conjunto de libros sobre las invasiones inglesas, que forman la más completa bibliografía reunida en el país acerca de la materia, ha sido donado a la Biblioteca Nacional. La colección de láminas, papeles y objetos se distribuyó entre el Museo Histórico y el Archivo General de la Nación. Martiniano Leguizamón (1858–1935), el vigoroso tradicionalista entrerriano que logró formar una selecta colección de obras de historia, folklore y literatura gauchesca, un archivo con documentos originales de diversas épocas, un monetario con 4300 piezas clasificadas y diversos objetos y muebles históricos, donados por los herederos al Museo de Entre Ríos, en 1936, para formar con este legado el Instituto Martiniano Leguizamón que funciona en la ciudad de Paraná; Juan A. Farini (1867–1934), bibliófilo y estudioso de nuestro pasado histórico, cuya riquísima librería americanista se halla en la biblioteca de la Universidad de La Plata. Aníbal Cardoso (1862–1946), numismático e historiador especializado en los orígenes de la boleadora y del caballo en la Argentina, donó al Museo Argentino de Ciencias Naturales la colección de monedas de su propiedad, compuesta de unas 3000 piezas; Carlos G. Daws (1870–1947), que alternó sus

tareas de funcionario del ferrocarril oeste con una fervorosa devoción por las cosas gauchescas. En su casa del barrio del Once —Valentín Gómez 3071— durante casi cincuenta años, fue formando un verdadero museo criollo compuesto por 2600 piezas camperas: aperos, armas, lazos, rebenques, estribos, boleadoras, mates, bombillas, espuelas, facones, cuchillos y los más curiosos elementos relacionados con las costumbres nativas y con nuestro folklore. Este valioso acervo ha sido recientemente adquirido por la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires con destino al Museo de Motivos Populares Argentinos José Hernández. José María de Iriondo (1868–1940), último exponente de la vieja pléyade de numismáticos que se formó junto a Mitre, Peña, Rosa, Carranza, fue dueño de un conjunto importante de monedas, medallas, reliquias históricas, documentos, autógrafos y una valiosa biblioteca, objetos que se dispersaron todos en subasta pública.

Por último, aunque ajenos al Instituto bonaerense, también merecen recordarse dos meritorios coleccionistas autodidactos que repartían sus tareas comerciales con el gusto por las antigüedades: Emilio Greslebin (1862–1919), uno de los precursores de la arqueología argentina, que agregó a sus valiosas colecciones de historia natural, en poder de sus herederos, un numeroso conjunto numismático de 17600 piezas, desgraciadamente dispersado en estos últimos años, y Agustín V. Gnecco (1857–1940) quien

reunió una vastísima serie de objetos históricos dedicados a la industria del vino, materiales de construcción, muebles, piezas de platería y de indumentaria, elementos de iluminación, medios de transporte, implementos agrícolas, colecciones de pesas y medidas, cuadros coloniales y numerosos documentos que hoy forman una sección especial del Museo de Luján.

NOTAS

1\ Buenos Aires adquirió pronto, como consecuencia de ese vigoroso surgimiento editorial, justa fama de gran centro librero en el mundo latino y conservó siempre celosamente esa tradición de prestigio bibliográfico. Rubén Darío, hace más de medio siglo —en 1899— recordaba desde Madrid, en una correspondencia al diario *La Nación*, la superioridad de nuestras librerías, con respecto a las similares de la capital española, todas de una indigencia tal —decía— que por ese entonces ninguna era comparable a las existentes en Buenos Aires.

2\ Hace pocos años, el erudito bibliófilo don Teodoro Becú descubrió la existencia de un séptimo tomo que contiene, entre otras cosas, el texto del famoso *Diario* de Diego de Alvear, publicado por primera vez en la referida colección.

Casi simultáneamente halló, también, en el Archivo General de la Nación, dos manuscritos de puño y letra de De Angelis, que permanecen inéditos aún. Corresponden a una *Bibliografía general del Río de la Plata*, que llega hasta 1858, es decir hasta el año anterior a su fallecimiento, y a una *Bibliografía de la región patagónica* (Cfr. Teodoro Becú, *La colección de D. Pedro de Angelis, Groussac y el «Diario» de D. Diego de Alvear. Apuntes bibliográficos*, Buenos Aires, Peuser, 1941, pp. 65–66).

3\ Esta extensa labor bibliográfica se complementa con los extractos cronológicos de *La Gaceta de Buenos Aires* desde 1810 hasta

1821 y de *La Gaceta Mercantil*, 1823–1852, de la cual solo alcanzó a publicar un tomo en 1875, dejando listos los originales de la obra completa que editó su hijo Enrique en tres volúmenes en 1912. Al fallecer Zinny dejó inéditas una *Bibliografía histórica de la República Oriental del Uruguay*, algunas *Misceláneas bibliográficas* de relativo interés y el *Catálogo de periódicos y demás impresos* que fueron adquiridos por el gobierno de la provincia de Buenos Aires.

4\ Enrique de Gandía, *Mitre bibliófilo*, Buenos Aires, Coni, 1939, p. 118.

5\ La biblioteca y el archivo fueron adquiridos por ley 6012 de 1908. La iniciativa tuvo origen en un proyecto del Poder Ejecutivo suscrito por Figueroa Alcorta y Federico Pinedo como ministro de Instrucción Pública. Se pagó la suma de \$ 40 000 (Véanse antecedentes en *Diario de sesiones de la Cámara de Senadores*, t. I, p. 995 y siguientes, Buenos Aires, 1907).

6\ Bartolomé Mitre, *Correspondencia literaria, etcétera*, Buenos Aires, 1912, 3 v.

7\ Luis Barros Borgoño, *Don Juan María Gutiérrez, a través de una correspondencia*, Santiago de Chile, 1934.

8\ Esto último lo demostró especialmente cuando Matías Calandrelli y Ernesto Quesada le formularon algunas observaciones a la clasificación bibliográfica adoptada por el *Anuario*. Recogiendo la crítica de Quesada y su consejo en el sentido de que la nomenclatura de Brunet es más sencilla y, por lo tanto, más conveniente, Navarro Viola irónicamente le contesta: «En verdad, teología, jurisprudencia, ciencias y artes, bellas letras, historia —cinco grandes ramas— ¿qué cosa más simple? Tanto, que probablemente diez años de producción, no darían en la República Argentina diez libros de teología». De esta manera le señalaba que era más práctico y útil para los consultantes del *Anuario*, registrar ordenadamente la producción bibliográfica anual de acuerdo con su número y naturaleza, que seguir al pie de la letra esquemas teóricos sin aplicación concreta por carencia de obras en algunos epígrafes de la clasificación.

9\ Teodoro Becú, *La bibliografía en la República Argentina*, Buenos Aires, 1945, p. 14.

10\ El mismo Groussac presintió esa actitud de menosprecio y desdén por parte del público profano hacia su labor en esta materia. «Desearía para otros, más que para mí —afirma en el extenso y macizo prólogo del tomo inicial del *Catálogo metódico*— que este

primer ensayo bibliográfico argentino fuera recibido con indulgencia en consideración de haberse gastado en él, abnegada y oscuramente, fuerzas mentales dignas quizá de más fecundo empleo». Y poco después, agrega: «En tanto que otros procuraban la fortuna, el placer, el ruido exterior, durante esos años del recodo de la vida, en que esta promete aún sonrisas y rayos de luz, he consumido en el retiro el resto de mi juventud».

11 Su labor más importante en este sentido está representada por el *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional*, seis gruesos tomos aparecidos entre 1893 y 1925, cuyo material él mismo clasificó y corrigió. Por otra parte, Groussac, siguiendo las huellas del laborioso Trelles, aunque con más talento de crítico y escritor, editó los *Anales de la Biblioteca*, diez volúmenes, Buenos Aires, 1900-1915; publicación de documentos relativos al Río de la Plata. Además, compiló una serie de repertorios especiales de manuscritos, revistas y periódicos.

12 Víctor Gálvez, en *Memorias de un viejo*, Buenos Aires, Editorial Solar, 1942, pp. 153-164, hace una animada evocación de la tertulia inolvidable que se celebraba en la antigua residencia de Olaguer, ubicada al lado del palacio arzobispal, frente a la plaza de la Victoria, y a la que concurrían, entre otros, Juan María Gutiérrez, Ignacio de las Carreras, José Nicolás Jorge, Pridiliano P. Pueyrredón, Miguel J. de Azcuénaga, Carlos Guido y Spano, Ángel J. Carranza, Antonio Zinny y otros.

4 *Las últimas etapas del progreso bibliográfico*

LAS BIBLIOTECAS PRIVADAS. LAS GRANDES COLECCIONES DE MITRE, CARRANZA, LAMAS, QUESADA, TRELLES Y ENRIQUE PEÑA

En el país son numerosas y notables las bibliotecas privadas. El justo renombre que han alcanzado algunas de ellas, ya por su valor bibliográfico, ya por su acabada especialización, es, por otra parte, un índice significativo del nivel medio intelectual de la República.

A la inversa de lo que sucede en países de densa cultura y honda tradición histórica, con ricos repositorios documentales técnicamente organizados y puestos liberalmente al servicio público, nuestros establecimientos oficiales, por lo general, han sido mediocres en recursos bibliográficos y deficientes en cuanto a la clasificación y catalogación de sus fondos.

En esta causa debemos ver, principalmente, el origen de muchas de las librerías particulares

existentes en el país, raro fenómeno, en cierta manera, que ha sido señalado en varias oportunidades por viajeros procedentes de Europa y Estados Unidos. Algunos miembros de la *International Law Association*, cuando visitaron en 1922 la biblioteca del doctor Estanislao S. Zeballos, manifestaron su admiración y su asombro, pues no concebían cómo un particular sin fortuna había podido acumular una colección de libros tan importante y tan completa que, según sus opiniones, no poseía ningún internacionalista del mundo.

La misma impresión de sorpresa quedó en el ánimo de algunos sabios extranjeros —Rivet, Obermaier, Lehmann, entre otros— cuando hace años tuvieron oportunidad de admirar la biblioteca de Félix F. Outes, realmente única en antropología, arqueología, etnografía y disciplinas afines.

Todo conjunto bibliográfico importante, de igual modo que una galería de cuadros célebres, una colección de antigüedades históricas, una serie de documentos o de obras artísticas valiosas, pertenece, desde luego, originaria y legítimamente a su dueño, pero también, de acuerdo con el moderno concepto de propiedad, es un poco del dominio público, de cuyo patrimonio cultural debiera ser inseparable, pues son bienes creados y valorizados por el trabajo indivisible de la colectividad.

La falta de una legislación protectora en esta materia y la desidia o ingratitud de los mismos poderes

públicos —obligados por un deber de elemental patriotismo a conservar celosamente todas las manifestaciones de la cultura nacional— han sido las causas de que el país se desmedrara en su rico acervo espiritual, con la pérdida irreparable de valiosas piezas artísticas, ejemplares únicos de obras argentinas y documentos de nuestra historia, desperdigados en museos, bibliotecas y archivos del exterior.

Por esta época aparecen, según dijimos antes, las grandes bibliotecas privadas, de algunas de las cuales, infortunadamente, no queda más que el recuerdo, pues se dispersaron al voleo; otras, en cambio, sobreviven como reliquias históricas expuestas a la veneración y uso de la colectividad, o se conservan, enriquecidas, como patrimonios particulares en poder de los descendientes de los dueños primitivos.

Recordamos que en Mitre existió un profundo amor por los libros, amor que se mantuvo fiel e intenso desde su primera juventud hasta los últimos días de su dilatada existencia. Reunió una estupenda biblioteca americanista, numerosa y selecta, solo comparable a las que tuvieron Andrés Lamas, Vicente G. Quesada y Ángel J. Carranza. Sus búsquedas afanosas, tanto en el país como en los grandes centros libreros del extranjero, y sus innumerables amistades intelectuales con los hombres de pensamiento más representativos de la época, fueron factores que contribuyeron decisivamente a la formación de su magnífica librería.¹ Estudiar la composición

bibliográfica de esta y la forma cómo, a lo largo de su fecunda existencia, se fue levantando, pieza por pieza, es tarea que excede los límites de este trabajo.²

La biblioteca de Ángel J. Carranza (1834–1899), rica en historia americana y argentina, fue adquirida en 1901 por el gobierno con destino a la Biblioteca Nacional. Tenía una copiosa folletería. La mayor parte de su valiosa documentación sobre historia naval se halla actualmente en el Archivo General de la Nación.

Carranza, además de bibliófilo, fue también un apasionado coleccionista de objetos históricos, medallas y monedas. Tenía fama entre sus amigos de ser un habilísimo y peligroso «cazador de documentos y libros».

Andrés Lamas (1817–1891) formó, para sus estudios, una valiosísima y no menos famosa colección de antigüedades. En 1892, al año de fallecer su ilustre dueño, la biblioteca sola de don Andrés fue tasada en doscientos mil pesos y no es exagerado —afirma el padre Furlong— que si hoy día existiera en su integridad, la valuación más modesta de la misma no podría bajar de los ochocientos mil nacionales. Es de deplorar, sin embargo, que tan ingente acervo bibliográfico, documental y numismático se haya desperdigado en su mayor parte. La biblioteca fue vendida fragmentaria y ruinosamente en tres remates sucesivos, adquiriendo ejemplares de la misma, entre otros, Mitre, Enrique Peña, Fregeiro, Juan Canter, Félix Outes, etcétera.³ Andrés Lamas poseía

también una notable colección de cuadros que fue subastada a vil precio. Muchas de sus telas famosas procedían de la colección de Francisco J. Brabo, rica en pinturas flamencas.⁴

La biblioteca de Vicente G. Quesada (1830–1913), heredada y continuada por su hijo Ernesto (1858–1934), representa la labor tenaz de dos vidas largas y fecundas. Posiblemente ha sido entre nosotros la colección privada más numerosa por la cantidad de piezas y más valiosa por la calidad de las mismas: 60 000 volúmenes y 18 000 manuscritos, reunidos pacientemente, uno a uno.

Esta vasta empresa bibliográfica se explica teniendo en cuenta la insaciable curiosidad intelectual de sus dueños, el espíritu de coleccionistas que había en ellos, las oportunidades brindadas por sus repetidos viajes de estudio a los principales centros de cultura de Europa y América, y la circunstancia muy especial y única en el país, de haber dirigido ambos, como fundadores y animadores durante un largo período de tiempo, las revistas más importantes aparecidas en el siglo pasado entre nosotros, hecho que les permitió trabar una vinculación e intercambio de ideas y libros con los intelectuales de todo el mundo. Debemos deplorar, sin embargo, que este inmenso repositorio que inmortalizó la fama de dos estudiosos ejemplares unidos en vida por un sentimiento recíproco de afecto y admiración, no haya quedado entre nosotros bajo la égida de alguna institución

cultural como patrimonio de todos los argentinos y tributo de homenaje a la memoria esclarecida de sus dueños. Poco antes de morir, en 1934, Ernesto Quesada hizo donación a la Universidad de Berlín de todas sus colecciones. Sobre esta base y en cumplimiento de las cláusulas impuestas por su padre en el testamento —autorizaba la cesión de la biblioteca para destinarla a un instituto público siempre que el gobierno beneficiario, cualquiera fuere, argentino o extranjero, «compense en dinero cuanto han gastado en formar tal colección de libros»— la Universidad alemana creó el *Ibero–Amerikanisches Institut*, cuyo órgano, *Ibero–Amerikanisches Archiv*, adquirió gran difusión en América bajo la competente dirección del eminente educador doctor Otto Boelitz.

Manuel Ricardo Trelles*, historiador y numismático, es el prototipo del erudito minucioso en el detalle y reposado en sus juicios.

*\ Trelles, Manuel Ricardo. Nació en Buenos Aires el 7 de febrero de 1821 y falleció en la misma ciudad el 9 de abril de 1893. Autor de: *Índice del archivo del gobierno de Buenos Aires correspondiente al año 1810*, Buenos Aires, 1860; *Cuestión de límites entre la República Argentina y el gobierno de Chile*, Buenos Aires, 1865; *Cuestión de límites entre la República Argentina y el Paraguay*, 1867; *Cuestión de límites entre la República Argentina y Bolivia*, Buenos Aires, 1872; *Refutación hecha por D. Manuel R. Trelles al escrito del Dr. D. Agustín Matienzo sobre la cuestión de límites entre la República Argentina y Bolivia*, reimpresso en Salta, abril de 1872, imprenta salteña; *Diego García, primer descubridor del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1879.

Toda su producción no parece haber respondido sino al deseo de exhibir lo que contienen los manuscritos llegados a su conocimiento. Su gran amor —casi fetichismo— era el de los documentos, y conocía como pocos los secretos de los archivos públicos y privados. Fue un apasionado coleccionista de papeles, libros, cuadros, reliquias históricas, medallas, monedas, grabados, muebles, etcétera. Hombre de dinero y de múltiples vinculaciones, compraba sin regatear todo lo que le interesaba. De esta manera, Trelles logró formar una selectísima librería que, si no fue numerosa por la cantidad de ejemplares —se componía de 1181 obras con un total de 2265 volúmenes, según el inventario practicado en 1893— tuvo, en cambio, el mérito de reunir muchas piezas curiosas, algunas de las cuales eran únicas o muy raras. Entre ellas había numerosos planos y mapas que le sirvieron para documentar sus monografías sobre cuestiones de límites y más de 30 colecciones de periódicos.

La parte más importante era, con todo, la referente a lenguas indígenas, impresos misioneros (recordemos que poseía el célebre ejemplar *De la diferencia entre lo temporal y eterno*, del padre Nieremberg), y de Niños Expósitos.

Al fallecer Trelles, en 1893, la colección fue ofrecida al Estado a fin de formar con ella una sección especial en la Biblioteca Nacional. La propuesta no fue aceptada, quedando los libros encajonados

hasta que, en el año 1916, fue adquirida *in totum* por el bibliófilo don Enrique Peña. El monetario fue donado al Museo Argentino de Ciencias Naturales y los objetos históricos —muchos procedentes de la época de Rosas, gracias a la amistad que lo unió con Máximo Terrero— fueron destinados al Museo Histórico Nacional y al Museo de Luján. Los cuadros se repartieron entre los hijos y de muchos de ellos se desconoce el paradero actual. Una parte de la colección de telas la posee el ingeniero Francisco M. Trelles, último hijo sobreviviente de don Manuel Ricardo, quien guarda, también, su archivo privado y otros efectos íntimos de familia.⁵

Enrique Peña (1848–1924), hombre representativo del porteño de vieja cepa, lector infatigable, estudioso serio y modesto —conocía como pocos el período de los gobernadores de la colonia— se prodigó con su saber y con sus cosas, sin sentirse jamás urgido por el vano prurito de la publicidad. Generoso y auténtico coleccionista, gustaba, con verdadero deleite, mostrar sus antiguallas, sus piezas de todo género, siempre admirablemente ordenadas y a las que conocía en sus detalles más pequeños. Dueño de una gran fortuna que había conquistado con su rudo trabajo personal, a la que pronto se agregaría otra que recibió por herencia, lo fue también de una espléndida biblioteca americana, especializada en obras de la época colonial. Hoy la conserva como una reliquia, notablemente acrecentada, su hija, doña Elisa Peña.

A la época del fallecimiento de su dueño originario no era numerosa, pero sí altamente valiosa por el exigente criterio selectivo que había guiado sus adquisiciones. Entre sus muchos tesoros bibliográficos se halla el famosísimo *De la diferencia entre lo temporal y lo eterno* que adquirió Peña, según dijimos antes, a los herederos de Trelles. La biblioteca Peña posee la colección más completa de cronistas de Indias, tanto religiosos como civiles. Igualmente, es notable la colección de publicaciones de la Imprenta de los Niños Expósitos —más de un millar de piezas auténticas y en perfectísimo estado—, como también la nutrida sección de copias de manuscritos coloniales, extraídas a sus expensas y bajo su directa indicación de los archivos de España.

Don Enrique Peña coleccionó, a la vez, recuerdos materiales de toda especie. La sección de ese género relativa a la época de Rosas —divisas, estampas, retratos, documentos, objetos de toda clase— es tan importante, que puede parangonarse sin desmedro con la del mismo Museo Histórico.⁶ Su valioso monetario reúne más de veinte mil piezas.

DESTINO DE OTRAS BIBLIOTECAS

Existen, además, muchas otras bibliotecas particulares que alcanzaron en su tiempo justa nombradía. Son dignas de mención, entre otras, las siguientes:

la de Manuel Antonio Sáez (1834–1887), jurista y publicista mendocino, quien viajó por Europa y América y logró formar una biblioteca de más de 20 000 volúmenes que, muchos años después de su muerte, se vendieron en remate; la de Rufino de Elizalde (1822–1887), el famoso ministro de relaciones exteriores de Mitre, quien reunió la biblioteca especializada en derecho internacional más completa de su tiempo. Las piezas del valioso archivo de cartas privadas y documentos públicos han sido parcialmente catalogadas y publicadas por Enrique Loudet. Martín Avelino Piñero (1820–1885), uno de los sacerdotes más ilustrados y elocuentes del país, miembro de la Sociedad de Antiacuarios de Copenhague, legó al Colegio del Salvador de Buenos Aires su vasta y selecta librería especializada en teología, patología latina y griega, biblias y escriturarios, filosofía y religión. José Antonio Pillado (1845–1914), escritor, historiador diligente y erudito, fue el arquetipo del papelófilo hurgador de archivos. Su importante biblioteca fue donada por sus herederos al Archivo de la Nación, «su verdadero hogar intelectual», donde actualmente se conserva en destacado sitio. La colección de estampas, láminas, retratos, fotografías, etcétera, de motivos argentinos, le fue obsequiada en vida por su dueño al historiador José Juan Biedma. Baldmar F. Dobranich (1853–1912) formó una biblioteca que es, según los entendidos, el gabinete lingüístico y filológico más completo de

América Latina. Este repositorio ha sido donado a la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. La rica librería de Francisco P. Moreno (1852–1919) fue vendida en subasta pública sin que nuestro gobierno se interesara por salvar del vil prorrato el valioso conjunto de mapas y planos, armas científicas con las cuales el famoso perito y naturalista había ganado en Londres la gran batalla pacífica a favor de la causa argentina en el laudo arbitral del pleito de fronteras con Chile. Pedro N. Arata (1849–1922), con una devoción científica ejemplar y una curiosidad enciclopédica siempre renovada, reunió más de 32 000 volúmenes. El núcleo más importante estaba constituido por obras de química, física, biología, botánica, y una selecta colección de revistas extranjeras en estas materias. Poseía una nutrida colección de obras secretas de magia y alquimia, estimada única en su género. Estanislao S. Zeballos (1854–1923) reunió, igualmente, una estupenda colección de 36 000 volúmenes. Sobresalía en derecho internacional y diplomático, materias en las que no fue aventajada por ninguna otra. Su archivo está en el Museo Colonial de Luján. La notable colección histórica de Clemente P. Fregeiro (1853–1923) se malbarató en un remate y solo queda de la misma como recuerdo un grueso catálogo, tan incompleto y deficiente en la presentación tipográfica, que no sirve ni como bibliografía. Juan Canter (1860–1924), industrial progresista, fundador de

instituciones de cultura, editor generoso de libros y revistas, formó una importante biblioteca americanista, parte de la cual ha sido donada por sus herederos al Colegio Nacional de Buenos Aires. De las colecciones más recientes debemos señalar la de monseñor Pablo Cabrera, vendida al gobierno de Córdoba; la del general Agustín P. Justo, hoy en la Biblioteca Nacional de Lima, de la que se destaca la sección de periódicos y revistas, provenientes, en su mayor parte, de la valiosísima hemeroteca del paraguayo Juan Silvano Godoi, y la de Alejo B. González Garaño, notable especialmente por su completísima serie iconográfica —la más valiosa e importante de las que se han formado en el país—, actualmente dispersada por ventas que hicieron los herederos.

LA BIBLIOFILIA. PRIMEROS COLECCIONISTAS DE LIBROS DE LUJO

La bibliofilia contó entre nosotros, desde mediados del siglo XIX, con eximios representantes. Muchos de aquellos que formaron espléndidas bibliotecas veían en el libro no solo una herramienta de trabajo, sino, también, un objeto de arte. La edición rara, la hermosa tipografía, las ilustraciones originales, las encuadernaciones suntuosas, son, como se comprende, refinamientos que gustan y seducen a minorías exigentes.

Tanto Mitre, como Gutiérrez, Lamas, Carranza y Zinny compartieron su vocación por la historia y las letras con las voluptuosidades estéticas derivadas del amor al libro por el libro mismo. Pero ninguno de ellos fue bibliófilo puro. Siempre —y es bueno que haya sido así— prevaleció el pensador, el investigador, el hombre con un destino ilustre en la vida, quedando el *amateur* relegado a segundo plano.

En un emigrado de la tiranía podemos señalar el precursor de la bibliofilia en la América del Sur y su exponente más cabal. Se llamó Gregorio Beéche, nació en Salta en 1800, se dedicó al comercio en el Alto Perú, pasó más tarde a Chuquisaca y luego de conocer la persecución y la cárcel, se estableció definitivamente en Valparaíso durante el año 1841. De entonces nace en él la pasión por los libros y manuscritos relativos al continente que le haría acumular, hasta el día de su muerte, el 21 de enero de 1878, una colección de 4600 volúmenes, que se hizo famosa como la primera biblioteca americana de la época.

Beéche no era rico ni tampoco había por ese entonces surtidas librerías en Chile. Para lograr su milagro bibliográfico contó, al margen de las tareas consulares —fue designado para ese cargo después de Caseros por su amigo íntimo, Juan M. Gutiérrez, entonces ministro de Urquiza— con el estímulo de su fervorosa pasión de coleccionista y la ayuda permanente de muchos camaradas que actuaron como diligentes corresponsales desde distintos lugares de América.

La biblioteca de Beéche, en su hospitalaria casa de Valparaíso, fue para los emigrados argentinos y muchas figuras eminentes del pensamiento chileno, como Vicuña Mackenna, Ramón Briseño, Diego Barros Arana, los Amunátegui —contertulios asiduos—, un verdadero refugio, y su dueño, generoso y modesto, una fuente de información útil para el estudio de la historia americana.⁷

En las postrimerías del siglo pasado, hubo en Buenos Aires un pequeño núcleo de bibliófilos, entre quienes se contaron dos poetas, Domingo D. Martinto y Alberto Navarro Viola, este último bibliógrafo destacado, según recordamos antes. Ambos, juntamente con Pedro Denegri, fueron tal vez los primeros coleccionistas de libros de lujo, esto es, de ediciones impresas en gran papel, ilustradas con grabados originales y de tirada restringida, calidades todas de exigencia indispensable en un volumen que aspire a la jerarquía de libro de bibliófilo.

Martinto (1859–1898) reunió una biblioteca de aproximadamente 5000 volúmenes. La mayoría de las obras —solo una parte ínfima registra el catálogo⁸— son francesas por el autor, el idioma y los ilustradores e impresores.

Pedro Denegri (1853–1932), acaudalado comerciante de inquietudes culturales, llegó a ser algo más que un coleccionista, con serlo así en la mejor medida y en el sentido más exigente del vocablo. Fue esencialmente un experto bibliófilo que logró reunir

una magnífica colección de más de 4500 reliquias bibliográficas, todas ellas valiosísimas por su mérito artístico y el esplendor de sus encuadernaciones firmadas. Hoy se halla íntegra en la Biblioteca Nacional, donada por sus herederos.

Pero estos coleccionistas abastecían sus lujosos anaqueles con obras de procedencia extranjera, pues en el país no se conocían las llamadas ediciones artísticas. Era explicable entonces, que el gusto de nuestros incipientes bibliófilos dirigiera sus preferencias hacia el libro europeo, especialmente hacia el libro de Francia, país al que imitábamos en arte y literatura, y donde tales ediciones tenían una tradición respetable y habían cobrado amplia difusión. Hoy estas condiciones han variado y, desde hace unos treinta años, es dable advertir junto al progreso constante de nuestra industria librera, un fecundo movimiento editorial orientado, especialmente, hacia la producción del libro de arte. Esta inquietud bibliofílica, que en algunos se manifiesta como vanidoso esnobismo y en otros como preocupación elegante y, a veces, un tanto presuntuosa, ha contribuido no solo a formar un ambiente artístico en el país, con el surgimiento de una escuela argentina de dibujantes gráficos, sino, también, a crear, paralelamente a esta, otra de maestros impresores especializados en esta clase de ediciones.

No es ajena, desde luego, a este plausible adelanto editorial, la Sociedad de Bibliófilos Argentinos,

fundada en 1928, siguiendo las bases y directivas de la entidad análoga establecida en Francia, en 1820, «con el objeto de propagar el gusto por los buenos libros».

BREVE NOTICIA SOBRE LAS PRINCIPALES COLECCIONES DE OBRAS AMERICANAS Y ARGENTINAS

Una de las empresas más arduas en materia editorial es la impresión de los textos literarios del pasado. Ella no consiste, como generalmente se cree, en un trabajo de copia fiel del manuscrito y esmerada corrección de pruebas.

La elección de una base de autenticidad es el primero y el más importante de los problemas. Editar un texto significa comprenderlo e interpretarlo y ello exige no solo cultura, sino también un agudo sentido crítico, amplia versación filológica y dominio de sus técnicas auxiliares. La experiencia de nuestro propio idioma lo demuestra.

España no ha logrado todavía completar una colección de clásicos ni publicar todos los monumentos de su literatura, algunos de los cuales aún yacen inéditos en los archivos y bibliotecas.

La Biblioteca de *autores españoles*, que haría famoso el nombre del tipógrafo Manuel Rivadeneira, representó en su tiempo una verdadera hazaña editorial, pero muchas de sus obras carecen de exactitud y de aparato crítico. Tiene, además, grandes lagunas.⁹

En América hispana gran parte de esa labor editorial está, también, por hacerse. No olvidamos, claro está, algunos esfuerzos locales realizados en los últimos años: la *Biblioteca de autores cubanos*, editada por la Universidad de La Habana; la *Biblioteca del estudiante universitario*, en México; *Clásicos ecuatorianos* y *Biblioteca de la cultura peruana*, de Ventura García Calderón; la *Biblioteca aldeana* de Colombia, dirigida por Daniel Samper Ortega y el proyecto de *Clásicos del istmo* del ex presidente de Guatemala, Juan José Arévalo. No obstante eso, muchos países del continente carecen todavía de ediciones completas de sus autores más representativos.

Bien sabemos que el panorama de la literatura hispanoamericana no es fácil de abarcar. Los manuales de que disponemos —algunos de ellos excelentes— carecen, sin embargo, de perspectiva histórica para dar al pensamiento escrito de nuestros pueblos unidad de conjunto en el espacio y en el tiempo.

Lo más adecuado, entonces, tanto para que nuestro público pueda formarse culturalmente como para que los extranjeros se hallen en aptitud de mejor conocernos, es ponerlos en contacto con las fuentes directas, esto es, con las obras fundamentales de los escritores de América.

La empresa de editar obras americanas en series más o menos completas registra varios antecedentes. La intentó, entre los primeros, el escritor uruguayo Alejandro Magariños Cervantes (1825–1891)

quien inició en 1854 su *Biblioteca americana* con el libro de que es autor titulado *Estudios históricos, políticos y sociales sobre el Río de la Plata*, al que le siguieron otros del mismo Magariños y algunos de Marcos Sastre, Miguel Cané, Juan M. Gutiérrez, Florencio Varela, etcétera.

Anterior a esta, pero de carácter esencialmente histórico, es la *Biblioteca del comercio del Plata* (Montevideo, 1845–1851) bajo la dirección, en sus comienzos, de Florencio Varela, que alcanzó a publicar 11 volúmenes.

Poco después aparecería —en 1869— la *Biblioteca del Río de la Plata*, dirigida por Andrés Lamas, de la misma orientación que la anterior.

De las colecciones literarias, una que alcanzó vasta difusión fue la *Biblioteca Andrés Bello*, bajo el cuidado de Rufino Blanco Fombona. En ella se publicaron, en volúmenes de sobria presentación y precios económicos, numerosas obras de escritores americanos.

En 1917 la casa Maucci, de Barcelona, empezó a publicar la *Colección de escritores americanos*, bajo la dirección de Ventura García Calderón, con obras de Ricardo Palma y Roberto J. Payró, pero pronto se interrumpiría.

En estos últimos años han aparecido, casi simultáneamente, dos nuevas bibliotecas literarias de carácter continental. La primera —*Colección panamericana*, editada por la casa W. M. Jackson, de Buenos Aires, en 1945— comprende 32 volúmenes

en los cuales están representados algunos de los exponentes más destacados del pensamiento de América. Los prólogos de cada volumen no solo se refieren a la obra incluida, sino que contienen una reseña de la historia cultural de cada país. La segunda es una empresa de más amplio alcance y su iniciativa, puesta en ejecución en 1946 por el Fondo de Cultura Económica de México, pertenece a Pedro Henríquez Ureña, humanista y maestro. La colección, denominada *Biblioteca americana*, pretende ofrecer, en un vasto cuadro mural, las grandes creaciones de la literatura indígena, de los cronistas de Indias, los poetas, los prosistas, los historiadores y los sociólogos que echaron las bases de nuestra civilización intelectual. En una palabra, se propone registrar la suma de la producción literaria e histórica del continente de habla española y portuguesa.¹⁰

La República Argentina, por razones de diverso orden, carece hasta hoy de una colección completa de sus autores clásicos. Las primeras ediciones hechas entre nosotros, conforme a normas técnicas uniformes, datan de ayer. El público ha ido conociendo algunos de sus autores tradicionales a través de una que otra de sus obras, publicadas ocasional o aisladamente, sin plan de conjunto ni método para las exégesis.

En el año 1915 se inician dos colecciones de textos literarios nacionales, hoy desaparecidas, que alcanzaron vasta popularidad.¹¹ La primera —*Biblioteca Argentina*— se proponía publicar mensualmente

y a precios económicos, los más famosos autores, precedidos de un prólogo del director de la empresa, don Ricardo Rojas, con una noticia bibliográfica y un estudio crítico acerca de la obra editada. Tan altos propósitos se vieron frustrados por razones ajenas a la voluntad del autor de la iniciativa y de su generoso editor, don Juan Roldán. Aparecieron, en un lapso de trece años, 29 volúmenes de sencilla y elegante presentación tipográfica, todos ellos con estudios extensos y eruditos.

La segunda —*La cultura argentina*—, de carácter más popular y de divulgación, fue concebida por José Ingenieros y contó con el apoyo desinteresado de don Severo Vaccaro. Por cierto que la simpática acogida de nuestro mundo intelectual y la rápida difusión por los países de habla española no la salvaron del desastre económico. Publicó 144 volúmenes y tiene el defecto de algunas «introducciones» mediocres, por más que sean felizmente pocas y cortas.¹²

En 1928 la librería-editorial El Ateneo inició la colección de *Grandes escritores argentinos*, dirigida por Alberto Palcos. Hoy la continúa la casa Jackson y ha cumplido su etapa inicial con dos series de 50 volúmenes cada una. Como lo indica su título, no comprende a todos los escritores, sino «los genios más preclaros de nuestra literatura» y, aunque los estudios preliminares son de valor desperejo, existen muchos que revisten el carácter de verdaderas monografías críticas.

Desde hace algunos años la casa editora Estrada publica una serie de *Clásicos argentinos*, sobre la base de textos depurados y con prólogos de mérito. La editorial Claridad, por su parte, ha consagrado una de sus colecciones a los autores nacionales, clásicos y contemporáneos, bajo el título de *Biblioteca de escritores argentinos*.

Un esfuerzo ponderable bajo este aspecto cumple actualmente la Academia Argentina de Letras, que ha creado en 1936 la *Biblioteca de la Academia*, cuyas ediciones forman dos series: *Clásicos argentinos* y *Estudios académicos*. En la primera aparecen obras notables de nuestra literatura, de autores fallecidos, con estudios críticos y notas.¹³

LA BIBLIOGRAFÍA LITERARIA

En el país no se ha publicado hasta la fecha ninguna bibliografía completa sobre las letras argentinas. En cambio, han visto la luz excelentes trabajos parciales sobre algunos géneros literarios y prolijos ensayos bibliográficos.¹⁴ Igualmente, carecemos de buenos repertorios generales de carácter nacional. Estos, como se sabe, se dividen, por razón del tiempo que abarcan, en retrospectivos o históricos y actuales o corrientes.

Los primeros hacen el inventario de la producción de un país, continente, etcétera, desde el origen

de la imprenta hasta la época actual. Los segundos relacionan periódicamente la literatura contemporánea de uno a varios países, a medida que van apareciendo las obras. Nosotros no tenemos ni lo uno ni lo otro. Para llenar este vacío, en 1929 se acometió la empresa sin éxito. En efecto, la revista *La Literatura Argentina*, dirigida por el editor Lorenzo J. Rosso, empezó a publicar una *Bibliografía general argentina*, compilada por Fortunato Mendilaharsu y anotada por Manuel Selva que, infortunadamente, por falta de recursos, se interrumpió al llegar a la letra D.

Igualmente parece haberse frustrado la iniciativa oficial para registrar la bibliografía corriente, pues el *Boletín Bibliográfico Argentino*, órgano de la extinguida Comisión Nacional de Cooperación Intelectual, que desde 1937 llevaba la estadística de la producción tipográfica del país, primero semestral y luego anualmente, ha dejado de aparecer a partir del año 1947.

La misma suerte corrió, años atrás, el *Anuario bibliográfico*, editado por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata, a iniciativa de Ricardo Levene, para recoger e informar sobre la labor intelectual del país en letras, historia, educación y filosofía. Solo se publicaron cuatro tomos en seis volúmenes, desde 1926 a 1929.

Esta falta de repertorios bibliográficos entre nosotros puede subsanarse, parcialmente, con algunos catálogos de bibliotecas y librerías. La Biblioteca Nacional ha destinado hasta la fecha dos volúmenes

de su catálogo general, los tomos 3 y 7, a la sección literatura; en ellos se registra, bajo el rubro común de española e hispanoamericana, la producción vernácula del género. Aunque no contienen toda la materia, y la clasificación de esta es muy elemental e impropia, constituyen, sin embargo, útiles instrumentos de consulta.

El catálogo de la sección argentina de la biblioteca del Jockey Club de Buenos Aires¹⁵ y el de la biblioteca del Museo Mitre,¹⁶ rico en historia y escaso en obras de imaginación, a la inversa del anterior, se complementan recíprocamente.

De los catálogos de bibliotecas particulares es valioso el de Enrique Arana, especialmente por la bibliografía referente a la época de Rosas y a los clásicos de las letras y de la historia.¹⁷

Para la bibliografía periodística, además de las regestas de Zinny, son indispensables el *Catálogo de periódicos sudamericanos existentes en la Biblioteca Pública de La Plata (1791-1861)*, con prólogo de Alberto Palcos (La Plata, 1934), y la valiosa compilación de Enrique A. Peña, *Estudio de los periódicos y revistas existentes en la Biblioteca Enrique Peña*, Buenos Aires, 1935.

Son de provechosa consulta, también, algunos repertorios de carácter comercial. Nos referimos en otra parte al *Boletín del librero Casavalle*, útil para la bibliografía anterior a 1870. Este publicó además

diversos catálogos razonados, entre ellos uno muy importante en 1882.¹⁸

De los más recientes cabe recordar el *Catálogo de libros americanos de la librería Cervantes*¹⁹ que, no obstante su preferencia por el libro de carácter histórico, registra muchos títulos raros que interesan a nuestra materia y trae, además, oportunas notas ilustrativas. Útil es, igualmente, la *Bibliografía trimestral* que, desde hace muchos años, publica la librería de Tomás Pardo. No pueden olvidarse, tampoco, los importantes repertorios comerciales aparecidos en España, como el *Manual del librero hispanoamericano* de Antonio Palau y Dulcet en siete tomos (Barcelona, 1923–1927), y el *Catálogo de la librería española e hispanoamericana*, editado en Madrid por el Instituto Nacional del Libro Español.

EL FONDO NACIONAL DE LAS ARTES

El Fondo Nacional de las Artes, fundado en 1958, publica trimestralmente desde 1959 la *Bibliografía Argentina de Artes y Letras*, que organizó y dirige uno de los miembros del primer directorio, el doctor Augusto Raúl Cortázar. Esta *Bibliografía* registra una selección de lo publicado en el país, cualquiera sea la nacionalidad del autor, en los campos de la literatura, el teatro, las artes plásticas, la música, la danza, las expresiones folklóricas, la

arquitectura y el urbanismo en sus aspectos estéticos, la cinematografía, la televisión y las artes aplicadas. Se hace eco, en la medida de sus noticias, de cuanto aparece en el extranjero sobre las artes y las letras argentinas. La redacción de los asientos, muy rigurosa, se rige por las normas internacionales de catalogación. El material ordenado según la Clasificación Decimal Universal comprende: libros y folletos; publicaciones oficiales y privadas de universidades, academias, institutos, museos, etc.; revistas prestigiosas especializadas; artículos; partituras musicales.

En cada número hay índices sistemáticos y alfabéticos de materias y de autores; en este último figuran también colaboradores, directores de colecciones, prologuistas, traductores, ilustradores, seudónimos, títulos de revistas y series, etc. El último número del año lleva un índice acumulado. Las ilustraciones van fuera de texto. A partir de 1960, incluirá bibliografías individuales de autores argentinos y de la crítica sobre ellos.

NOTAS

1\ Como se sabe, Mitre, al abandonar la presidencia de la República el 12 de octubre de 1868, quedó en la más absoluta pobreza, conservando como únicos bienes sus libros, algunos de cuyos ejemplares más preciosos tuvo que vender su abnegada esposa, doña Delfina de Vedia, para alimentar a los hijos, cuando a raíz de la revolución de 1874 Mitre fue preso en Luján y luego expatriado.

En 1869, el pueblo argentino, por suscripción pública, le obsequió como homenaje de simpatía, la casa colonial de la calle San Martín 336, que hasta entonces arrendaba al doctor Ángel Medina. En esa casa, modificada en varias oportunidades, vivió el patricio hasta el día de su muerte, el 19 de enero de 1906. Meses después de fallecimiento, el Congreso —por iniciativa del diputado Manuel Carlés— sancionaba la ley 4943 que autorizó la adquisición por el Estado de la histórica residencia para convertirla en museo público, conservándose en ella sin variantes todo el ambiente, así como el archivo, la biblioteca, los muebles y las reliquias que los herederos donaron con ese propósito.

2\ Es de sumo interés para conocer cómo el general Mitre fue formando sus valiosas colecciones, como también la elaboración de algunas de sus obras, la consulta de la *Correspondencia literaria, histórica y política del general Bartolomé Mitre*, que abarca los años 1847–1901, editada por el Museo Mitre en tres volúmenes, Buenos Aires, 1912.

Juan Ángel Farini, en un interesante trabajo, *Origen y formación de la biblioteca del general Bartolomé Mitre*, Buenos Aires, 1943, trae, también, datos muy ilustrativos sobre el punto. Igualmente, Enrique de Gandía, en *Mitre bibliófilo*, Buenos Aires, Coni, 1939.

3\ Los catálogos correspondientes a estas ventas son hoy rarísimos. Narciso Binayán en su prolija *Bibliografía de bibliografías argentinas*, Buenos Aires, 1919, solo registra el catálogo 3º, serie 2ª, lote 0, del remate judicial efectuado en Buenos Aires el 5 de noviembre de 1905. Se trata de un volumen de 143 páginas. Declara Binayán que es el único que ha llegado a sus manos y no conocer los anteriores sino por referencias de este.

4\ Sobre Lamas, véase Pablo Blanco Acevedo, *Escritos selectos del doctor Andrés Lamas*, especialmente el prólogo, y Guillermo Furlong Cardiff, *Bibliografía de Andrés Lamas*, Buenos Aires, 1934 (Cincuentenario de la Academia Nacional de la Historia, t. II). Esta obra es el registro bibliográfico más completo y escrupuloso que se ha publicado acerca del ilustre historiador uruguayo.

5\ Cfr. Rodolfo Trostiné, *Manuel Ricardo Trelles. Historiador de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1947, pp. 127–128. El autor de este documentado estudio biográfico ha tenido a la vista para escribir su trabajo los papeles inéditos del archivo particular del laborioso erudito.

6\ Cfr. Ernesto Quesada, «Un estudioso ejemplar: don Enrique Peña», en *Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana*, t. I, Buenos Aires, 1921, pp. 35–55.

7\ Al año siguiente de la muerte de Beéche, Vicuña Mackenna, que fue uno de sus agentes proveedores, publicó el catálogo de la misma en un grueso volumen de más de 800 páginas. La biblioteca fue vendida al gobierno de Chile, el que la destinó al Instituto Pedagógico de Santiago, donde estuvo hasta 1929, año en que quedó dividida, subsistiendo buena parte de sus obras en el Instituto y el resto en la Biblioteca Nacional. (Véase Rafael Alberto Arrieta, *Don Gregorio Beéche y los bibliógrafos americanistas de Chile y del Plata*, La Plata, 1941, pp. 170–172).

8\ *Algunos libros contemporáneos. Ejemplares escogidos, escasos y, en su mayor parte, ilustrados (De la biblioteca de un bibliófilo). Catálogo N° 1*, Buenos Aires, Peuser, 1895. Este catálogo es el único recuerdo de esa biblioteca selecta. En efecto, al ausentarse su dueño a Europa, en aquel viaje de 1898 que le fue fatal, encajonó sus libros y los dejó en depósito. Cuando poco después llegaba a Buenos Aires el vapor que repatriaba los restos del poeta muerto, un incendio del local en que se hallaban alojados sus volúmenes, redujo totalmente a cenizas la preciosa mercancía. Solo salvóse uno que otro ejemplar del catálogo nombrado que, por casualidad, fue hallado veinte años después de la catástrofe. El repertorio —hoy pieza rarísima— «es índice sugerente de los gustos espirituales del coleccionista y revela, al mismo tiempo, ese aspecto de la cultura porteña a fines del siglo XIX» (Rafael Alberto Arrieta, «Un bibliófilo fnisecular o las cenizas del tesoro», en *La ciudad y los libros*, Buenos Aires, Librería del Colegio, 1955).

9\ Américo Castro recuerda, a este respecto, el ejemplo trágico de Rufino José Cuervo, el ilustre filólogo colombiano, quien, después de haber publicado los dos primeros volúmenes de su monumental *Diccionario de construcción y régimen* y cuando tenía preparados cientos de miles de papeletas, advirtió la inutilidad de un trabajo fundado exclusivamente en los textos, por lo general impuros, de la *Biblioteca Rivadeneira*.

10\ La colección está estructurada en cinco series, algunas de ellas con varias secciones. La Argentina figura con las obras más representativas de sus pensadores y escritores.

11\ Antes —en 1901— se había creado la *Biblioteca de La Nación* que, aunque de carácter universal, publicó muchos volúmenes de escritores argentinos a precios accesibles. Su origen se debió materialmente a la sustitución de la tipografía manual por la linotipia y al

deseo de no dejar desocupada a la gente que desde hacía muchos años componía el diario. El primer director fue Roberto Payró y la *Biblioteca* tuvo un éxito sin precedido en la industria editorial del país. Publicó en el lapso de veintitrés años 872 volúmenes.

12 El mismo Ingenieros, en una crónica titulada *Historia de una biblioteca*, narra las vicisitudes de su iniciativa y las causas que impidieron la publicación de esta colección que debió aparecer en el año 1904 con el título de *Biblioteca argentina de ciencias y letras*, bajo el cuidado de José M. Ramos Mejía e impresa por el librero Félix Lajouane.

13 En junta del 15 de junio de 1944 la Academia aprobó las normas a que habían de ajustarse sus ediciones oficiales en cuanto a la crítica textual, uniformidad ortográfica, estudio bibliográfico del autor y examen de la obra, con el objeto de asegurar de esta manera la fidelidad y limpieza de los textos, requisitos ambos que confieren valor y dignidad a la edición.

14 La tentativa más seria para organizar la bibliografía nacional, con particular atención a los géneros puramente literarios, fue abordada por el Instituto de Literatura Argentina, creado en 1922 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, por iniciativa del catedrático de la asignatura correspondiente, doctor Ricardo Rojas, entonces decano de esa casa de estudios. El Instituto, después de haber realizado un amplio plan de edición de obras inéditas y agotadas de nuestros diversos géneros literarios, inició su sección de bibliografía en 1942 con una valiosa *Guía bibliográfica de folklore argentino*, por Augusto Raúl Cortázar.

15 *Catálogo de la sección argentina de la biblioteca del Jockey Club de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1937.

16 *Catálogo de la biblioteca del Museo Mitre*, Buenos Aires, 1907.

17 *Catálogo razonado. Libros, folletos y mapas en su mayoría referentes a Hispanoamérica. Historia. Derecho. Bibliografía. Imprenta. Viajeros ingleses, etcétera*, pertenecientes a la biblioteca de Enrique Arana, Buenos Aires, 1935.

18 *Catálogo de los libros argentinos editados y expuestos por Carlos Casavalle con explicaciones y juicios críticos acerca de ellos*, Buenos Aires, 1882. Merecen recordarse, también, el *Catálogo de los libros de historia, filosofía, literatura, ciencias y artes y libros referentes a América*, del librero Juan C. Ure, Buenos Aires, Imprenta del Siglo, 1866, y el *Boletín bibliográfico de la Librería Hispanoamericana*, de Juan Bonmatí,

con obras preferentemente de teatro, publicado entre 1880–1882 por entregas mensuales de 8 a 16 páginas.

19 Julio Suárez, *Catálogo de libros americanos de la Librería Cervantes de...* Tomo primero A–K. Con una noticia preliminar de Emilio Ravignani, Buenos Aires, 1933. Tomo segundo L–Z, Buenos Aires, 1935. *Suplemento*, Buenos Aires, 1939.

Igualmente es de mucho mérito la *Bibliografía hispanoamericana. Libros antiguos y modernos referentes a España*, recopilada por D. y R. Behar, prólogo de Enrique de Gandía, Buenos Aires, Librería Panamericana, 1947. Aunque se refiere especialmente a historia americana, contiene amplias secciones de folklore, lenguas indígenas, bibliografía, biblioteconomía, cronistas religiosos, periodismo, bellas artes, etcétera.

Nota El Fondo Nacional de las Artes, fundado en 1958, publica trimestralmente desde 1959 la *Bibliografía Argentina de Artes y Letras*, que organizó y dirige uno de los miembros del primer directorio, el doctor Augusto Raúl Cortázar. Esta *Bibliografía* registra una selección de lo publicado en el país, cualquiera sea la nacionalidad del autor, en los campos de la literatura, el teatro, las artes plásticas, la música, la danza, las expresiones folklóricas, la arquitectura y el urbanismo en sus aspectos estéticos, la cinematografía, la televisión y las artes aplicadas. Se hace eco, en la medida de sus noticias, de cuanto aparece en el extranjero sobre las artes y las letras argentinas. La redacción de los asientos, muy rigurosa, se rige por las normas internacionales de catalogación. El material ordenado según la Clasificación Decimal Universal comprende: libros y folletos; publicaciones oficiales y privadas de universidades, academias, institutos, museos, etc.; revistas prestigiosas especializadas; artículos; partituras musicales.

En cada número hay índices sistemáticos y alfabéticos de materias y de autores; en este último figuran también colaboradores, directores de colecciones, prologuistas, traductores, ilustradores, seudónimos, títulos de revistas y series, etc. El último número del año lleva un índice acumulado. Las ilustraciones van fuera de texto. A partir de 1960, incluirá bibliografías individuales de autores argentinos y de la crítica sobre ellos.

Bibliografía

- PEDRO DE ANGELIS**, *Colección de obras impresas y manuscritas que tratan especialmente del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1853, 232 p. En 1854 se tiró un Apéndice con 4 páginas.
- ENRIQUE ARANA (HIJO)**, *Bibliografía de don Pedro de Angelis, 1784-1859. Su labor histórica, periodística y literaria*. (En *Boletín de la Biblioteca de la Facultad de Derecho y Ciencias sociales*, t. I, N° 5, pp. 323-395). Buenos Aires, junio, 1933. Hay tirada aparte.
- RAFAEL ALBERTO ARRIETA**, *Don Gregorio Beéche y los bibliógrafos americanistas de Chile y del Plata*, La Plata, 1941, 222 p. (Biblioteca Humanidades, xxvi).
- *La ciudad y los libros. (Excursión bibliográfica al pasado porteño)*, Buenos Aires, Librería del Colegio, 1955, 212 p.
- TEODORO BECÚ**, *La bibliografía en la República Argentina*, Buenos Aires, 1945, 34 p. (Contribuciones al conocimiento de la bibliotecología, II. Comité Argentino de Bibliotecarios de Instituciones Científicas y Técnicas).

- DOMINGO BUONOCORE**, *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*, Buenos Aires, El Ateneo, 1944, 145 p.
- JUAN CANTER**, *La imprenta*. (En *Historia de la Nación Argentina*, IV, segunda sección, pp. 9-77). Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1938. Hay separata bajo el título de *La Imprenta de la Universidad en el Río de la Plata. Síntesis histórica*, Buenos Aires, 1938.
- *Bibliografía de Ernesto Quesada*. (En *boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, XX, pp. 343-722). Buenos Aires, 1936.
- RÓMULO D. CARBIA**, *Historia crítica de la historiografía argentina*, La Plata, 1939, 483 p. (Biblioteca Humanidades, XXII).
- ABEL CHANETON**, *El libro ilustrado en la Argentina*. (En *La Nación* del 2 de noviembre de 1941).
- *Itinerario para bibliófilos*. (En *La Nación* de 28 de diciembre de 1941).
- FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO**, *Libros y libreros en el siglo XVI*, México, Guerrero Hnos., 1914, 608 p.
- GUILLERMO FURLONG**, *Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica. Discurso introductorio de José Torre Revello*, Buenos Aires, Huarpes, 1944, 180 p. (Biblioteca de Cultura Colonial Argentina, I).
- *Orígenes del arte tipográfico en América; especialmente en la República Argentina*, Buenos Aires, Huarpes, 1947, 225 p.
- ENRIQUE GANDÍA**, *Mitre bibliófilo*, Buenos Aires, Coni, 1939, 165 p. (Institución Mitre).

- ALEJO B. GONZÁLEZ GARAÑO**, *La litografía argentina de Gregorio Ibarra (1937–1852)*, Buenos Aires, Peuser, 1941, 20 p. (Separata del libro *Contribuciones para el estudio de la Historia de América. Homenaje al doctor Emilio Ravignani*).
- PAUL GROUSSAC**, *Noticia histórica sobre la Biblioteca Nacional de Buenos Aires (1810–1901)*, Buenos Aires, Menéndez, 1938, 111 p.
- JUAN MARÍA GUTIÉRREZ**, *Origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires*, precedida de un estudio de Juan B. Alberdi, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1915, 645 p.
- MARTINIANO LEGUIZAMÓN**, *El bibliógrafo Zinny*. (En *Hombres y cosas que pasaron*, pp. 156–166). Buenos Aires, Lajouane, 1926.
- RICARDO LEVENE**, *El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1938, 180 p.
- CARLOS R. LINGA**, *Los primeros tipógrafos en la Nueva España y sus precursores europeos*. (En *Asociación de Libreros de México, IV Centenario de la Imprenta en México*, pp. 455–564). México, 1939.
- AMADOR LUCERO**, *Nuestras bibliotecas desde 1810*, Buenos Aires, Coni, 1910, 190 p.
- CARLOS LUQUE COLOMBRES**, *Libros de derecho en bibliotecas particulares cordobesas (1753–1810)*. (En *Boletín de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba*, año VIII, números 4 y 5, pp. 735–812). Hay separata con introducción de Enrique Martínez Paz.

- JOSÉ TORIBIO MEDINA**, *Historia y bibliografía de la imprenta en el antiguo virreinato del Río de la Plata*, La Plata, Taller de publicaciones del Museo, 1892.
- *Biblioteca hispano-americana (1493–1810)*, Santiago de Chile, impreso en casa del autor, 1898, 7 v.
- BARTOLOMÉ MITRE**, *Orígenes de la imprenta en la Argentina*. (En *La Biblioteca*, II, pp. 52–77). Buenos Aires, 1896.
- *Catálogo razonado de la sección lenguas americanas*, Buenos Aires, Coni, 1909–1910, 3 v. (Museo Mitre).
- ERNESTO MORALES**, *Don Juan María Gutiérrez. El Hombre de Mayo*, prólogo de Rafael Alberto Arrieta, Buenos Aires, El Ateneo, 1937, 245 p.
- ALBERTO NAVARRO VIOLA**, *Anuario bibliográfico de la República Argentina*, Buenos Aires, 1880–1889, 9 v.
- RICARDO PICCIRILLI**, *Carlos Casavalle. Impresor y bibliófilo. Una época de la bibliografía americana*, Buenos Aires, Julio Suárez, 1942, 328 p.
- ERNESTO QUESADA**, *Un estudioso ejemplar: don Enrique Peña*. (En *Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana*, I, pp. 35–55). Buenos Aires, 1924.
- VICENTE G. QUESADA**, *La vida intelectual en la América española durante los siglos XVI, XVII y XVIII*. Con introducción de Horacio Ramos Mejía, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1917, 326 p.
- NICANOR SARMIENTO**, *Historia del libro y de las bibliotecas argentinas*, Buenos Aires, impr. Luis Veggia, 1930, 158 p.

- JUAN TORRE REVELLO**, *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*, Buenos Aires, Peuser, 1940, 269 + CCXXXVIII p. (Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, número LXXIV).
- *Los maestros de la bibliografía en América*. Suplemento de *Anales gráficos*. Instituto Argentino de Artes Gráficas, Buenos Aires, 1941, 24 p.
- MANUEL RICARDO TRELLES**, *Único ejemplar, traducción al guaraní de una obra de Nieremberg*. (En *Revista Patriótica del Pasado Argentino*, IV, pp. 16–38). Buenos Aires, 1890.
- RODOLFO TROSTINÉ**, *Pedro de Angelis en la cultura rioplatense*, Buenos Aires, Bernabé y Cía., 1946, 92 p. (Biblioteca Histórica del Pensamiento Americano).
- *Manual Ricardo Trelles, Historiador de Buenos Aires*, prólogo de Guillermo Furlong, Buenos Aires, 1946, 172 p.
- FÉLIX DE UGARTECHE**, *La imprenta argentina. Sus orígenes y desarrollo*, Buenos Aires, R. Canals, 1929, 909 p.
- ANTONIO ZINNY**, *Efemeridografía argireparquiótica o sea de las provincias argentinas*, Buenos Aires, Impr. y Librería de Mayo, 1868, 300 p.
- *Efemeridografía argirometropolitana hasta la caída del gobierno de Rosas*, Buenos Aires, Imprenta del Plata, 1869, 545 p.

Domingo Buonocore

Nació en Calchaquí, provincia de Santa Fe, el 22 de mayo de 1899 y falleció en la ciudad de Santa Fe el 8 de febrero de 1991. Fue un destacado académico, jurista y apasionado defensor de la cultura del libro en Argentina. Desarrolló sus primeros estudios en Calchaquí y completó el ciclo primario en Reconquista. Posteriormente, se trasladó a Esperanza, donde se recibió de maestro y, más tarde, ingresó a la Escuela Normal de Profesores Mariano Acosta en Buenos Aires, y obtuvo su título como Profesor Normal en Letras en 1922.

Su vocación por el estudio lo llevó a la Universidad Nacional de La Plata, donde se graduó como abogado en 1928. A lo largo de su carrera, se destacó como profesor de Derecho Administrativo y Derecho Agrario, Rural y de Minas en la Universidad Nacional del Litoral.

Buonocore fue un defensor de la autonomía universitaria y contribuyó significativamente a la modernización de la enseñanza del derecho y de la bibliotecología. A pesar de enfrentar exclusiones temporales del ámbito académico debido

a intervenciones políticas, persiste en su labor intelectual, indagando la producción del texto impreso y consolidando su contribución al mundo y la historia del libro.

Dirigió la biblioteca de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, y también la revista *Universidad*, publicación periódica de la Universidad Nacional del Litoral. Además, dejó un legado en obras como *El mundo de los libros*, *Diccionario de bibliotecología* y el ineludible *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*.

Su vida y su obra son testimonio de un apasionado defensor del conocimiento y del papel fundamental que desempeña el libro en la construcción de una sociedad crítica y reflexiva.

Índice

- 7 Nota editorial
- 11 Estudio preliminar
LEANDRO DE SAGASTIZÁBAL

El libro y los bibliógrafos

1. El libro en la época colonial

- 39 La introducción del libro
en América
- 43 Algunas bibliotecas privadas
en Córdoba y Buenos Aires
- 48 Los primeros anticuarios
- 50 Algunos libreros porteños
- 52 Notas

2. El libro y la Revolución de Mayo

- 55 Fundación de la
Biblioteca Pública
- 58 La «olimpiada rivadaviana»
y el progreso bibliográfico

- 60 Marcos Sastre, primer librero
culto del Río de la Plata
- 61 La crisis cultural durante
la época de Rosas
- 64 Algunos coleccionistas de la
primera mitad del siglo XIX:
Saturnino Segurola
y Pedro de Angelis
- 68 Los primeros papelistas
- 70 Notas

3. La organización nacional y la edad de oro del libro argentino

- 75 Las librerías, factores
de progreso intelectual
- 80 Origen y desarrollo de la
bibliografía. Pedro de Angelis,
el precursor
- 82 Los bibliógrafos clásicos:
Zinny, Mitre, Gutiérrez,
Navarro Viola y Groussac
- 90 Bibliógrafos menores
- 91 La búsqueda erudita. El Instituto
Bonaerense de Numismática
y Antigüedades
- 97 Notas

4. Las últimas etapas del progreso bibliográfico

- 101 Las bibliotecas privadas.
Las grandes colecciones
de Mitre, Carranza, Lamas,
Quesada, Trelles y Enrique Peña
- 109 Destino de otras bibliotecas
- 112 La bibliofilia. Primeros
coleccionistas de libros de lujo
- 116 Breve noticia sobre las
principales colecciones de obras
americanas y argentinas
- 121 La bibliografía literaria
- 124 El Fondo Nacional de las Artes
- 125 Notas
-
- 131 **Bibliografía**
- 137 **Domingo Buonocore**

Buonocore, Domingo
El libro y los bibliógrafos:
breve historia del libro argentino
hasta 1950 / Domingo
Buonocore ; prólogo de Leandro
de Sagastizábal. – 1a ed. –
Santa Fe: Ediciones UNL, 2024.
144 p. ; 18 x 11 cm. – (Itinerarios /
Arte y oficio del libro)

ISBN 978-987-749-455-6

1. Edición de Libros. 2. Bibliofilia.
3. Historia de las Bibliotecas.
I. Sagastizábal, Leandro de, prolog.
II. Título.

CDD 002.0982

© Herederos de
Domingo Buonocore, 2024.

—
Sugerencias y comentarios:
editorial@unl.edu.ar
www.unl.edu.ar/editorial

Consejo Asesor de
Colección Itinerarios

Enrique Butti
Marilyn Contardi
Analia Gerbaudo
Miguel Irigoyen
Luis Müller
Germán Prósperi
Ivana Tosti

Dirección editorial
Ivana Tosti
Coordinación editorial
María Alejandra Sedrán
Coordinación comercial
José Díaz

Edición al cuidado de
Ivana Tosti
Diseño de colección
Alina Hill
Julián Balangero
Diagramación interior y tapa
Alina Hill

© Ediciones UNL, 2024.



Domingo Buonocore, precursor en estudios del libro y la edición, presenta en esta obra un detallado panorama del ámbito argentino. Recuperado por la Universidad Nacional del Litoral, el texto de 1960 revela biografías e iniciativas de pioneros del libro en América Latina, focalizando su atención en la Argentina. Con rigor, Buonocore enriquece la historia del campo a la vez que estimula nuevas investigaciones.

Su enfoque en la iniciativa personal como impulsora del desarrollo de colecciones y bibliotecas, sin dejar de lado las coyunturas, ofrece una perspectiva única para comprender la historia de la cultura impresa argentina.